

FRED WILLIAMSON

FBI

Por la espalda

FRED WILLIAMSON

Por la espalda



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1959
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yc. el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
170. Rata acorralada (14).
179. Grita una mujer (5).
183. Morir no es fácil (3).
185. Falsas apariencias (38).
186. Cien blancos en el infierno (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (38).
189. El disco rojo (28).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Law-son (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esme-raldas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesión (4).
198. La muerte de Loise Ber-nard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Cri-men, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (26).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El paso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
210. Aquejarre (4).
211. La muerte ronda (33).
212. Error fatal (39).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
219. No escaparás de mí (8).
220. La garra enguantada (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
224. Lazos rotos (38).
225. Muerte en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victora (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pa-red (28).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galería de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (25).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (47).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (23).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (3).

265. Sombras de Nueva York (42).
 266. Escondita para un cadáver (8).
 267. ¡Pánico! (4).
 268. Hundida en el cielo (44).
 269. La banda de los buhos (5).
 270. Inspector especial (42).
 271. Testigo, la luna (5).
 272. Tres muertos para tres (41).
 273. Huyendo del pasado (30).
 274. Manos sucias (4).
 275. El elefante blanco (49).
 276. Al margen del deber (21).
 277. Al servicio de la Ley (42).
 278. El precio del rescate (28).
 279. Tres ramas de un mismo tronco (8).
 280. Un hombre busca su tumba (5).
 281. El fiscal asesinado (9).
 282. Valija diplomática (30).
 283. Misterios de Chicago (4).
 284. ¡Expulsado! (37).
 285. Diamantes rojos (42).
 286. La trampa (5).
 287. Mister Warren descubre al asesino (41).
 288. El último asalto (30).
 289. Maffiosos (4).
 290. La muerte, al volante (45).
 291. Espías en el infierno (40).
 292. Emigrantes del terror (28).
 293. Habilidad criminal (42).
 294. Una grieta en el telón de acero (4).
 295. ...y plomo en el corazón (3).
 296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin «el Guapo» (42).
 299. Tres sentenciados (30).
 300. National 7117? (21).
 301. La amenaza de Morris (4).
 302. Yo te defiende (28).
 303. El humo llevaba sangre (9).
 304. Razzia (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciencia me acusa (4).
 307. Nadia escapa a su delito (48).
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobre un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).

AUTORES

- | | | |
|----------------------|------------------------|------------------------|
| (1) Alf Manz. | (20) Andre O'Sun. | (37) Angelo de Tarris. |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fsl Marty. | (38) Gary Belsan. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (39) Paul Coster. |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gallard. | (40) Herman Tell-gon. |
| (5) O. C. Tavin. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cun-ller. |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | (42) Anthony Ben-son. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Rynnan. | (43) Albert Lazar. |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | (44) Fred William-son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (45) Ray Jones. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack-son. | (46) Richard Har-vey. |
| (11) Thomas Settee. | (30) Jim Murray. | (47) Ben Martyn. |
| (12) John Nebot. | (31) Sand Buri. | (48) Leo Mason. |
| (13) Thomas Wan-ton. | (32) Joe Greig. | (49) Billy McLean. |
| (14) F. N. Graw. | (33) Bill O'Creigh. | |
| (15) Robert Deaf. | (34) Don Lassister. | |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est. | |
| (17) Al Cortroa. | (36) Edward Good-man. | |
| (18) Jack Grey. | | |
| (19) Edgar Ford. | | |

I



ISABA la calle después de varios años de privación de libertad. Y sentía la extraña sensación de ser un hombre nuevo, completamente distinto al que fue antes. Como si se tratara de haber nacido en aquel mismo día, a pesar de tener ya treinta y tres años cumplidos.

Anduvo a todo lo largo de la calle, dejando atrás las enormes puertas de la prisión, en la que se habían consumido seis largos años de su vida. Había deseado durante aquel tiempo que el día de su salida fuera un día radiante, de sol muy brillante y cielo despejado. Una puerilidad, pero lo hubiera deseado así.

Sus deseos no tuvieron confirmación. Salió, por el contrario, en un día gris y lluvioso de noviembre, y lo consideró de mal agüero.

En vez de contemplar un día hermoso, el suave verde de los árboles frondosos, el vuelo de los pájaros, las miles demostraciones, en fin, de la fragante y hermosa primavera, el horizonte que se le presentó ante sus ojos era de una melancolía, de una tristeza abrumadora.

Pero todo había sido inesperadamente apresurado. Según sus cálculos, no le correspondía salir en libertad hasta seis meses más tarde. Y aquella mañana se había levantado dispuesto a hacer su vida habitual en presidio: la misma exactamente, día a día, minuto a minuto, que había hecho en los seis años transcurridos desde aquella tarde fatal.

Lowe, el gigantesco y brutal guardián de servicio, le había dado la orden dos horas antes:

—Prepara tus cosas, Convers. Te vas en libertad.

Y lo dijo con aquella voz ruda, monocorde e indiferente, como si no se diera cuenta de que estaba dando la mejor noticia que se le puede dar a un hombre.

Luego lo condujeron a la oficina de Dirección, donde le comunicaron que su condena había sido rebajada en gracia a su buena conducta en prisión. Alguien, uno de los jefes del establecimiento penitenciario, le dijo algo sobre las obligaciones a cumplir una vez en libertad, y unas advertencias acerca de lo difícil que sería para él, Convers, la vida en presidio, si se le ocurriera volver por allí.

Finalmente, el guardián de la puerta principal, que tenía impresa en su mente una despedida para los libertos, siempre idéntica, le despidió:

—Hasta la vuelta, muchacho.

Slim Convers se encogió de hombros. Con él no rezaba aquella despedida. Pero sabía que, por lo general, ocurría como predecía el guardián. Casi todos volvían.

Sonrió mientras se alejaba, despacio, con las mancas en los bolsillos de la gabardina, dejándose acariciar por la lenta y suave lluvia.

Para él no se había grabado aquella despedida. No habría vuelta. Le podría haber dicho al guardián que él no debía haber pisado nunca aquella prisión. Ni aquella ni ninguna otra. Pero ¿para qué? El hombre no lo creería. No creería en su inocencia, como tampoco creyó el fiscal, ni el juez, ni el Jurado. Nadie. Ni siquiera sus jefes inmediatos y sus compañeros del F. B. I. Bueno...; sus ex compañeros.

Anduvo por las callas, embriagándose de libertad, aspirándola a grandes tragos. Se contemplaba con infantil arrobamiento ante las lunas de los escaparates. Se volvía como un palurdo a mirar el rodar de los coches sobre el brillante asfalto. Se detenía para admirar el bullir de la vida a su alrededor, en sus infinitas manifestaciones.

Aquello era el mundo: la libertad por la que había suspirado por espacio de seis años. Una libertad llena de problemas, de preocupaciones, de disgustos, pero también de esperanzas y de alegrías.

Estaría unos días, muy pocos, en San Francisco. Luego marcharía a Stockton. Tenía algo que hacer en Stockton; algo que constituía para él, en aquel momento, la única finalidad de su existencia.

No era que en Stockton le esperara su madre, o su prometida, o algún familiar querido. Ni que tuviese allí su hogar o interés alguno que cuidar. Nada. En Stockton no tenía nada ni a nadie, pero en Stockton lo habían hundido, le habían destrozado la vida, y de Stockton tenía que resurgir él.

Allí había de producirse su rehabilitación. O acaso no. Acaso perdiera, junto con la honra, la vida. Pero eso sería un incidente sin importancia. Stockton le atraía como el imán, y hacia allí se dirigiría. No había fuerza humana en el mundo que pudiera desviarle de su camino.

Lo había decidido así desde el primer día que pisó la penitenciaría. Cuando recuperara la libertad, volvería a Stockton. Nadie le esperaba allí, y lo mismo podría haber dirigido sus pasos a cualquiera otra ciudad de la

Unión. Por muchas razones. Razones que había meditado larga y profundamente durante seis años, y que se habían enraizado en su pecho con fuerza incontenible.

Dos días después salía para la pequeña ciudad. Nunca le había gustado Stockton. Ni sus arrabales sucios, llenos de perros y de mujerucas chismosas. Y de chiquillos gritones, mocosos y revoltosos, que no parecían ir a la escuela jamás, ni que sus madres tuvieran tiempo material de lavarles las caras.

Claro que Stockton también tenía sus barrios lujosos, de calles bien cuidadas, magníficas y modernas edificaciones y elegantes locales de recreo. Todo muy bello, muy limpio. Y, sin embargo, lleno de suciedad también, de suciedad moral, naturalmente; pero no por ello dejaba de ser suciedad, y peor que la otra.

Es decir, que en Stockton, como en todas las partes, había bueno y malo. Por lo menos, siempre había sido así cuando Convers residía en la ciudad. Y seguramente lo mismo ocurriría ahora.

A la hora exacta hizo su entrada en el andén de la estación de Stockton el tren procedente de San Francisco, en el que Convers había hecho el viaje, en un vagón de segunda clase.

Nada destacaba a Convers de los demás pasajeros de su mismo sexo. Como la mayoría, Slim llevaba su cuerpo cubierto por una gabardina, su sombrero flexible, con el ala delantera echada sobre los ojos, y en la mano, un pequeño maletín de piel, en el que guardaba cuanto tenía.

Debiera haber sido recibido con indiferencia por los empleados que se apresuraban por el andén de uno a otro lado. Y, sin embargo, no fue así. El que dio la voz de alarma fue un corpulento mozo de tren, que estuvo a punto de dejar caer al suelo las ocho o diez maletas y maletines que transportaba entre sus manos y brazos de gigante.

—Ha vuelto Convers —dijo en voz baja a un compañero de trabajo, con el que se cruzó—. ¡Buena se va a armar!

Slim pasó por su lado tranquilamente, mirando a uno y otro lado, observando con deleite todo cuanto veía. Sentía que le miraban una infinidad de ojos, pero no se conmovió por ello. Podía apostar que casi ninguno de los que le miraban lo hacían con simpatía. Porque Slim reconocía que no había sabido captarse las simpatías de la mayor parte de la gente de Stockton durante su anterior permanencia en la ciudad.

Reconocía también que había sido duro, muy duro. Y que cuando había tenido que dar palos, los había dado sin detenerse a mirar a quién se los daba. Para él era suficiente saber que los palos —morales o materiales, porque de las dos clases los había dado— eran merecidos.

Y no estaba arrepentido. Volvía dispuesto a dar muchos más palos todavía. Y los daría, aunque ahora no estuviera respaldado por un carnet y

una placa de agente especial del F. B. I. Ahora los daría bajo su propia responsabilidad, y no pararía de darlos hasta recuperar la honra que le habían quitado y, ¡quién sabe! puede que hasta el carnet y la insignia. Por lo menos, él pondría todo cuanto había que poner para lograrlo. Para hacer que se los ofrecieran, por lo menos. Luego, ya vería si los aceptaba o no.

Rechazó los servicios de un taxi, y se mezcló con el tránsito intenso de Vine Street, y al llegar a su cruce con Gay Street, tomó por esta última, para internarse en el barrio en donde tuvo su última residencia.

Iba despacio, aprovechando que la lluvia había cesado para dar paso a un sol macilento y triste, pero que a él le pareció una bendición de Dios. Contemplaba con una amarga sonrisa cuanto desfilaba ante sus ojos. Todo parecía exactamente igual que cuando él abandonó la ciudad.

Vio el gimnasio de Ginnis, con las mismas pesas de hojalata, pintadas en otro tiempo de un negro hierro brillante, y ahora desteñidas y abolladas, que le servían de anuncio. La peluquería de Stimpson, la florería de Joan Blith... Todo seguía igual.

Incluso el bar de Roth, en el que entró, decidido. Se acercó a la barra, y se sentó en uno de los altos taburetes. El propio Roth, vuelto de espaldas, maniobraba entre un ejército de botellas.

—Dame un café bien cargado, Roth.

Volvió este la cabeza lentamente, para examinar al cliente. A aquel cliente del sombrero echado sobre los ojos, y cuya voz le parecía reconocer, aunque sin recordar a quién pertenecía y dónde la había oído. Sacó del bolsillo del pecho de su chaqueta blanca unas gafas y miró atentamente al recién llegado. Y en sus ojos se leyó el asombro y el temor. Pero no hizo movimiento alguno indicador de que pensaba atender su petición.

—¿Qué te pasa, Roth? ¿Has visto al diablo, o es que no te alegra mi regreso?

—No sé por qué había de alegrarme —respondió el «barman», quitándose las gatas y reanudando la labor interrumpida—. No me fue usted simpático jamás, Convers. Ahora ya se lo puedo decir, porque no está respaldado por su cargo, como antes. Ahora, usted es un don nadie cualquiera. Su autoridad terminó el mismo día que mató a aquel individuo —su tono respiraba enemistad y temer—. No sé qué tiene usted que hacer en Stockton. Cualquiera otro, con un poco de sentido común, no habría regresado a esta ciudad jamás. Pero eso es pedirle demasiado a un hombre como el ex agente Slim Convers, siempre dominante, siempre soberbio y siempre engreído y valido de su autoridad. No debía haber vuelto. Stockton ha cambiado mucho desde que usted desapareció.

—¿Para bien o para mal?

—No lo sé, ni me importa. Lo único que sé decirle es que en Stockton

hay demasiados tipos violentos, para que la llegada de uno más nos alegre.

Slim Convers se bajó perezosamente del taburete. De sus labios no se había borrado la sonrisa. Una sonrisa que hizo pensar a Roth si no estaría equivocado cuando aquella misma mañana rechazara una oferta para adquirirle su bar. Sería cosa de pensarlo no muy detenidamente, porque él estaba seguro de que Slim no tardaría mucho en imprimir mayor agitación al ambiente de la ciudad, ya de por sí bastante agitado.

Las palabras de Slim, a modo de despedida, le confirmaron en su opinión:

—Gracias por el café, Roth. Y por su opinión acerca de mí. Pero creo que no tardarás muchos días en que sientas verdadera satisfacción al verme entrar por esta puerta.

—Es posible. ¡Pasan tantas cosas raras en este mundo!

Convers continuó a marcha lenta a lo largo de la calle. Materialmente, no notaba cambio alguno en el barrio. Quizá dos o tres casas con las fachadas pintadas de nuevo. Pero a eso no se le podía llamar cambio. Y, sin embargo, estaba seguro de que si no había novedades notables, iba a haberlas enseguida. Mejor dicho, habían comenzado ya: en el momento de apearse él del tren que le trajo de San Francisco.

Se detuvo ante un alto edificio de ladrillo rojo. En el marco de la puerta de entrada, a ambos lados, varias placas con nombres: «Eric Robson. Abogado». Encontró por las escaleras a varios hombres, que ni le miraron siquiera. Abrió la puerta de cristales del departamento de Robson, en el piso quinto. Una joven, sentada ante una mesa, leía una novela, de la que no separó la vista a la llegada de Slim.

—Quiero ver a Robson —dijo Convers.

Sin apartar los ojos de la interesante lectura, la joven le señaló con una mano un bloc de notas, en el que Slim anotó su nombre, sencillamente. Cortó la hoja escrita y la puso ante las narices de la muchacha, interrumpiendo su lectura. Fue entonces cuando ella se decidió a mirarle. Luego leyó la nota.

No debió serle desconocido el nombre, porque, haciendo con la boca un estúpido gesto de asombro, miró de nuevo al visitante. En aquel momento, la puerta del despacho del abogado se abrió, y su corpulenta figura se dibujó en el umbral.

Parecía como si se dispusiera a salir, pero debió de desistir de hacerlo al ver a Convers.

—¡Qué bien! —exclamó—. El amigo Convers. Pase, pase.

Slim Convers, sin quitarse el sombrero, pasó por delante del abogado, y se sentó en un sillón frente al que estaba al otro lado de la mesa de trabajo de Robson. Este cerró la puerta, corriendo el pasador, y se acomodó en un asiento.

—Ya estoy de vuelta, Robson —dijo Convers, innecesariamente.

—Sí. Ya está otra vez en Stockton. Aunque no lo comprendo. ¿Para qué ha vuelto? Aunque no le juzgué jamás como hombre excesivamente inteligente, tampoco lo creí tan loco como para volver a esta ciudad. ¿Qué pretende con eso?

—Nada. O muy poco, mejor dicho. Pretendo averiguar, por ejemplo, de dónde sacó usted las pruebas amañadas que sirvieron para condenarme. Y también cuánto le produjo a usted el hecho de mantener aquella farsa. ¿No lo juzga interesante?

El corpulento individuo intentó ocultar con una carcajada la inquietud que empezaba a invadirle.

—No quiero hacer caso de sus insultos, Convers.

Repito que ha hecho mal volviendo a Stockton. La gente ya le había casi olvidado. Usted no tuvo nunca simpatías aquí. Y puede que haya más de uno que no estime suficiente seis años de prisión como pago de la muerte de aquel individuo. Es muy posible que usted no se haya dado cuenta exacta del cambio sufrido. Ahora ya no es usted un agente del F. B. I. Es tan solo un ex presidiario, expulsado de dicho Cuerpo por abuso de autoridad y condenado por homicidio.

Convers le había escuchado sin que de sus labios se borrara la helada sonrisa, que tan antipática le resultaba a su interlocutor. Le molestaba aquella sonrisa, pero todavía más la helada mirada de sus ojos de gato.

—Exacto, Robson. Todo cuanto ha dicho es verdad, o lo parece —dijo—. Con el de usted son ya dos los sermones que he oído desde que llegué a Stockton. Y le aseguro que no he venido a oír sermones. Es verdad que yo no soy ya una autoridad. Por cierto que eso me recuerda algo que he observado al entrar en esta casa. Ha sido la placa de abajo. Ya no es usted más que abogado. Ya no es Athorney. Estamos casi iguales. Ninguno de los dos somos autoridad. Solamente dos vulgares ciudadanos. ¿Cómo ha sido eso, Robson? ¿Le han dejado caer quienes le apoyaban? ¿O simplemente que el pueblo, este honrado pueblo de Stockton, se ha cansado de mantener a granujas?

Robson se levantó de su asiento, con la cara roja de indignación.

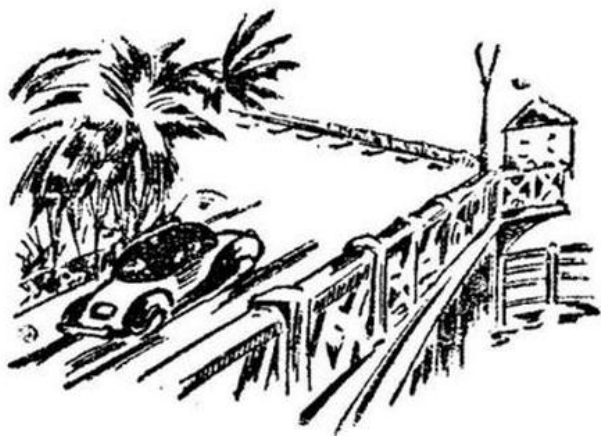
—¡Lárguese de aquí, Convers! —rugió, señalando melodramáticamente la puerta de la habitación—. ¡Váyase, o haré que lo detengan por insultos y amenazas!

Convers se levantó, dirigiéndose hacia la salida, andando con premiosidad de felino. Robson, en pie, le miraba, amenazador.

—Dentro de tres horas, a la una exactamente, hay un tren para... —sugirió.

—Lo tendré en cuenta, Robson. Por si tengo que recomendárselo a alguien. Y hasta puede que haga uso de él cuando haya despachado algunas

cosillas que tengo que hacer en Stockton. He estado ausente de aquí seis años. Y en seis años se piensa mucho y se aprende más. De todos modos, le prometo que me iré de Stockton cuando resuelva esas cosillas.



¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. L

II



EVANTO la cabeza para contemplar con un gesto de triste el estrecho portal. Estaba ante su casa. Por lo menos, la que fuera su casa seis años atrás, cuando era una autoridad en Stockton y ante sus ojos se dibujaba un porvenir venturoso.

Aquella había sido su casa en otro tiempo, y allí volvía. En ella debían estar sus pertenencias, cuantos efectos le quedaban. Y allí volvía, porque a algún sitio hay que volver, incluso cuando se sale de presidio.

¿Seguiría habitándola Fanny Ellison? ¿Le reservaría su habitación? Sintió un vago temor ante la idea de que Fanny hubiese alquilado a otra persona la habitación que él ocupara. Pero nada podría reprocharle si así lo había hecho. Seis años son muchos años... incluso en la vida de un hombre. Y la vida estaba muy difícil.

Desde bastante tiempo antes de que a él le ocurriera lo que le ocurrió, vivía como huésped en casa de Fanny Ellison, la viuda de un agente caído en acto de servicio, y que procuraba aumentar la magra pensión que el Estado le daba admitiendo en su casa algún huésped de confianza.

Nada tendría de particular que su cuarto estuviera ahora ocupado por otra persona, a la que Fanny regalaría con aquellas deliciosas tartas de manzana como postre, y regañaría, furiosa, porque le quemaba la alfombra de la salita de estar con la lumbre de la maloliente pipa. La idea de que pudiera ocurrir así le molestaba extraordinariamente.

Fue subiendo penosamente los escalones, regodeándose con la idea de volver a vivir de nuevo junto a Fanny. Recordaba perfectamente los visillos de nivea blancura y almidonados volantes enmarcados en las ventanas. El piso inmaculadamente limpio, sencillo, respirando honestidad... como la misma Fanny.

Al llegar al segundo piso, su pituitaria recibió la impresión de los

antiguos guisos. ¡Cuántas veces había pensado en ellos al encontrarse ante la repelente comida carcelaria!

Hizo sonar el timbre, sintiendo al hacerlo cierto involuntario desasosiego. Una voz femenina dijo algo, mientras que Convers reconocía el menudo y ligero taconeo de unos pasos que se oían avanzar.

—Buenos días, Fanny.

La mujer, parada ante la puerta, le miró por espacio de unos segundos con un gesto de extrañeza en los ojos. Luego, ese gesto se transformó en una suave y expresiva alegría, que a Convers le pareció como si hasta sus oídos llegara una música celestial. Sentía en la garganta un nudo que le impedía hablar. Jamás hasta entonces sintió una emoción tan grande, ni siquiera cuando aquel guardián de cuyo nombre ya ni se acordaba le dijo que se preparara para salir en libertad.

Fanny no había cambiado nada. Por lo menos así le pareció a Slim, que la recordaba igual que diez años antes, cuando su compañero James Ellison se la presentara, una hora antes de contraer matrimonio. El mismo aire de candor y de sencillez de siempre. Viéndola frente a él, con el delantal de cocina cubriendo su sencillo vestido de casa y con la cara resplandeciente de alegría. Slim sintió crecer su emoción, la primera emoción pura desde hacía muchos años.

Entró en la casa estrechando cariñosamente la mano de la joven. El aroma a hogar le envolvió por completo, infundiéndola una agradable sensación de tranquilidad y bienestar. Miró con deleite a su alrededor, mientras que ella, callada, le dejaba hacer.

Sentía Slim la imperiosa necesidad de decir algo, pero lo cierto es que no sabía qué decir, y que, aunque lo hubiera sabido, aquel maldito bulto que de pronto se le había hecho en la garganta, no se lo hubiese permitido. Y lo primero que dijo le pareció una tontería.

—Estás tan bonita como siempre, Fanny.

No era un piropo, sino una válvula de escape. Así lo debió comprender ella, que ni se enojó ni respondió siquiera. Quitóse Slim el sombrero y se dejó caer en un cómodo sillón echando atrás la cabeza con un gesto de cansancio que hasta entonces no sintiera.

La mujer, ante él, continuaba callada, mientras que se secaba nerviosamente las manos en el delantal. Y el silencio de ambos se iba haciendo incómodo, profundamente molesto. Como si ninguno de los dos, al cabo de tanto tiempo transcurrido, tuvieran nada nuevo que decirse. Fue Slim el primero en hablar.

—Cuéntame cosas, Fanny —dijo—. ¿Cómo te ha ido? ¿Qué huésped tienes ahora?

—Ninguno, Slim. Tú fuiste el primero y el último, y espero que encuentres tu habitación lo mismo que la dejaste hace seis años.

Convers se puso en pie, emocionado. Cogió a la joven por los hombros y le obligó a levantar la cabeza, que Fanny mantenía baja, como interesada profundamente por los dibujos de los mosaicos.

—¡Fanny! ¿Por qué has hecho eso? ¿No comprendes?... Bueno —continuó—, no podré pagarte los atrasos. Ya puedas figurarte cómo salgo de allí. Sin un centavo. Ya está bien que me hayas guardado mis cosas. Pero debías haber alquilado la habitación. Y tendrás que hacerlo hoy mismo. Pienso recoger mis bártulos y largarme. Ya buscaré algún agujero por ahí hasta que encuentre trabajo.

—Tú no harás nada de eso —respondió Fanny, levantando la cabeza y con un tono de indignación que sorprendió al hombre—. Te he guardado la habitación porque tú no eras mi huésped. Nunca te he considerado como tal, sino como si fueras mi hermano. Y a un hermano no se le abandona. Hubiera querido hacer más. Ir a San Francisco a verte. Llevarte alguna cosa. No he podido. Costaba mucho dinero.

Lo decía sencillamente, como tratando de disculparse.

—Además —añadió a continuación—, hubiera tenido que pedir permiso. Me coloqué a poco de lo tuyo, ¿sabes? En la misma casa donde me conoció James y de la que salí para casarme con él. Y con eso y la pensión de James me sobra dinero. De veras. Te quedarás aquí hasta que quieras. Hasta que soluciones tu vida, por lo menos. Si te vas ha de ser porque hayas mejorado de situación. O para casarte.

Convers estaba exultante de alegría, aunque exteriormente no la dejara traslucir. Tenía que confesarse que precisamente aquel ofrecimiento desinteresado era algo que había soñado como primer paso para rehacer su vida. Y que el hecho de hallar su habitación ocupada por otra persona le habría planteado otro problema, no por minúsculo menos desagradable.

—Muchas gracias, Fanny —respondió sencillamente.

Y ella, musitando apresuradamente una ininteligible excusa, corrió hacia la cocina, al tiempo que le decía:

—Tus cosas están donde siempre. Si te das un poco de prisa tienes tiempo de bañarte antes de comer.

Convers penetró en su habitación. Efectivamente, todo estaba igual. En el armario, sus trajes guardados en bolsas protectoras contra la polilla. Las camisas y demás ropa interior, debidamente lavada y planchada, colocada en las diversas bateas, como esperando a su dueño, como si la ausencia de este no hubiera sido de seis años, sino de seis horas.

A Convers le daba la sensación de hallarse ante un tesoro; de haber recuperado algo que juzgaba perdido para siempre. La voz de Fanny dándole prisa, le sacó de su contemplación.

Se bañó apresuradamente, y cuando salió al comedor lo hizo silbando entre dientes una alegre cancioncilla. Fanny se había despojado de su

delantal de cocina, y, evidentemente, había tenido tiempo de arreglarse antes de que saliera su huésped.

—Estupendo, chica —dijo.

—¿Qué es lo que encuentras estupendo?

—Todo: la casa, el olor que viene de la cocina, la vida en general y tú, particularmente.

—Eres el mismo de siempre, Slim —respondió la joven, sonriente.

Pero los dos sabían que no. Y el silencio que reinó en la mesa tras de las primeras palabras así lo demostraba. Por fin lo rompió para hacerle la única pregunta que se había prometido no formular ni a Fanny ni a nadie:

—¿La has visto?

—¿A quién? —preguntó ella a su vez.

—Ya sabes a quién me refiero, Fanny. No me hagas la cosa más difícil todavía.

—Creí que tú estarías mejor informado que yo.

—No sé nada. No he recibido visita de nadie en los seis años. Solo una carta de ella. Cuatro líneas, rompiendo su compromiso.

La mujer apartó el plato que tenía delante y miró a Slim con expresión de abatimiento.

—No creo que necesites saber nada más. Es lo suficiente. No sé nada de ella, si es eso lo que te interesa. Y aunque lo supiera no te lo diría. Solo te diré una cosa, aunque estoy segura de que no me harás caso. Olvídala. Esa mujer no es digna de ti.

—No se trata de eso, Fanny, solamente...

—No intentes engañarme, Slim. Ya te he dicho que sé que no me harás caso. Lo contrario me extrañaría enormemente. Tú, como todos los hombres, eres terriblemente vanidoso. Estoy segura de que sientes más el desaire de esa mujer que cuanto te ha sucedido. Bien, pues para tu conocimiento debo decirte que es una mala mujer. Nada más.

Se levantó, y ante la sorpresa de Slim marchó apresuradamente a la cocina. Convers continuó sentado, mirando sin ver el contenido del plato que tenía delante, Luego terminó por rechazarlo con un gesto de mal humor y encendió un cigarrillo parsimoniosamente. Dio unas nerviosas chupadas y, levantándose, marchó a su habitación.

Se puso uno de sus antiguos trajes. No era de corte muy moderno, naturalmente, pero estaba casi nuevo, y aunque un poco holgado en demasía, le sentaba bastante bien. Una vez vestido volvió a la cocina para despedirse de Fanny.

—Perdona si te disgusté, Fanny —dijo a la joven, que se atareaba entre platos y fuentes.

—No tengo nada que perdonarte, Slim —respondió sin mirarle a la cara—. Te he dicho la verdad. Ahora tú eres muy dueño de obrar como te

parezca. Y yo ya sé cómo vas a obrar. Te conozco demasiado, Slim, para no saber que se avecinan días muy movidos. Demasiado. Y temo por ti. Siempre has sido excesivamente violento. Te has dejado llevar de tus impulsos sin meditar en las consecuencias. Y así te ha ido.

—¿Hubieses querido que faltara a mi deber?

—No. No se puede aconsejar eso a un hombre como tú. Pero yo no pienso en el pasado, sino en el presente. Ahora no tienes ningún deber que cumplir. Tu verdadero deber hubiera sido no aparecer por Stockton.

—Y van tres.

—¿Qué quieres decir con eso de van tres?

—Sencillamente que de las tres personas que he visto hasta ahora en este bendito pueblo he recibido el mismo consejo unánime: que no debiera haber vuelto.

—No sé quiénes serán las otras dos ni con qué intención te lo aconsejan. Yo lo hago por tu bien, pero sé que es predicar en desierto. Aunque no puedo dejar de decirte que ahora luchas con muchas menos ventajas que antes. De todos modos, ¡mucho suerte, Slim!

Su voz profunda y grave sonaba a los oídos de Slim como una emocional advertencia; como un aviso materno. Haciendo un esfuerzo rio forzosamente. Luego, tomando a la joven por los hombros, la hizo que le mirara a los ojos:

—No tengas miedo, Fanny. No ocurrirá nada. Te prometo que seré prudente y no me meteré en líos... más que hasta cierto punto. Lo indispensable para averiguar algo que necesito saber.

—No debieras averiguar nada, Slim. No remuevas el pasado. Sería mejor para todos.

—No puedo, Fanny. Mira: he dejado allá en Saint Quentin una celda vacía. La misma que yo ocupé inmerecidamente por espacio de seis años. Y me he prometido a mí mismo llevar a ella a quién verdaderamente le pertenece estar. Y he de hacerlo. No podré dormir tranquilo hasta que lo consiga. Compréndelo, mujer.

Fanny lo comprendía, pero no lo dijo. Lo que menos falta le hacía a Slim Convers era que alguien le animara en aquella empresa endiablada. Por lo contrario, todos sus esfuerzos, si es que la dejaba hacerlos, coca que dudaba mucho, los dedicaría a disuadirle de tan descabellada empresa.

Pero por ahora era inútil intentarlo. Esperaría a que se produjera el primer fracaso, cosa que no tardaría en suceder, para volver a la carga. Era posible que Slim no tardara en volver a la casa con las alas rotas, maltrecho y hasta convencido de las enormes dificultades que se presentaban para cumplir lo que se había propuesto.

Entonces tendría ocasión de jugar una nueva baza para hacerle desistir. Suspiró. Ni ella misma creía en el éxito de sus esfuerzos. Conocía

demasiado bien a Slim para no saber que las dificultades aumentarían su ardor de lucha.

Convers se había marchado ya. Se dirigía al centro de la ciudad. Encontró en su camino varias caras conocidas, pero nadie le dedicó un saludo. Solamente el cruce de algunas miradas poco afectuosas.

Compró un paquete de cigarrillos en la misma tienda donde acostumbraba a hacerlo seis años antes, y la muchacha que se los vendió lo hizo mirándola asombrada, como si acabara de ver a un resucitado.

A la puerta de la tienda encendió un cigarrillo y quedó unos segundos pensativo. La verdad era que todavía no se había formado un plan de acción. Ni sabía cuál había de ser esta. Las tres ligeras experiencias que había hecho nada más llegar no le invitaban a hacerse muchas ilusiones acerca de cómo iba a ser acogida su presencia en Stockton. Las recordó ligeramente.

Roth, el «barman», completamente ajeno a la lucha, le había dicho con toda claridad lo que pensaba. Era neutral, pero el solo anuncio de que la lucha iba a comenzar de nuevo, le hizo ponerse contra él. El segundo, Robson, era un enemigo declarado. Y Fanny, la tercera, simpatizaba con él, pero no había de servirle de ayuda alguna. Y él necesitaba el apoyo de alguien, aunque fuera un apoyo moral.

Y entonces pensó en Rock Ambler. Sí. Rock Ambler, si el alcohol no le había matado ya, era el único ser en Stockton que le comprendería. Que comprendería su actitud y le ayudaría. Sin pensarlo ni un momento más se dirigió en busca del viejo periodista.

III



A casa donde residía Rock Ambler era un edificio de tres plantas, un viejo caserón sin personalidad alguna, a no ser los enormes desconchones de su fachada y el olor a coles cocidas que reinaba constantemente en la mugrienta escalera.

Slim Convers ascendió, sin detenerse hasta el segundo piso, y miró con curiosidad la tarjeta de visita que sujeta con cuatro chinchetas había en la puerta del centro. A juzgar por el color de la cartulina, casi tan sombría como el sucio nogal de la puerta, la tarjeta debía llevar allí más años que los que él pasara en Saint Quintín.

Llamó con los nudillos, suavemente, como temeroso de que la puerta, carcomida, fuera a deshacerse al contacto con sus manos. Viendo que tal peligro no era de temer por el momento y que su llamada no recibía respuesta, fue aumentando paulatinamente la fuerza de los golpes.

Por fin oyó una voz que decía algo desde el interior. Fue algo que no entendió, pero que interpretó de acuerdo con sus deseos. Levantó el picaporte y entró.

La habitación estaba a oscuras, a pesar de que apenas serían las tres de la tarde. Tuvo que esperar unos momentos hasta poder distinguir algo en aquella penumbra casi total. Algo le ayudaron unos débiles rayos de luz diurna que se filtraban a través de las cerradas persianas.

Gracias a ello pudo distinguir el bulto de un hombre que, sentado ante una mesa de trabajo, tenía la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Slim se sobresaltó. Dio dos pasos y abrió una de las ventanas, dejando que la luz del día entrara libremente en la habitación.

Luego miró al hombre. Y se tranquilizó. No había allí nada anormal, pues no podía considerarse anormal el hecho de que Rock Ambler estuviera ya borracho a aquellas horas, puesto que lo estaba a cualquier hora del día

en mayor o menor grado.

Por si fuera poco, un intenso olor a «whisky» no dejaba lugar a dudas acerca de lo acertado de tal suposición. Antes de procurar despertar al que en otro tiempo se considerara como su mejor amigo, Slim pasó revista a la habitación. Y el resultado de aquella ligerísima inspección ocular, fue completamente decepcionante.

Nunca había brillado el periodista por la elegancia de su atuendo ni por su pulcritud personal, pero lo que tenía Convers ante sus ojos rebasaba ya los límites del abandono. Había polvo por todas partes: sobre los escasos y modestísimos muebles, sobre los papeles y notas que se amontonaban en desorden sobre la mesa, sobre el suelo...

Lo único que había limpio en toda la habitación era la botella de «whisky», que estaba completamente vacía, rozando con la cabeza de Rock Ambler. Este roncaba ruidosamente, sin que tuviera ni la más mínima idea de que minutos antes había dado autorización a quién llamaba para entrar en la habitación ni de que quienquiera que fuese había hecho uso de tal permiso y se hallaba a su lado mirándolo entre compadecido e indignado.

Slim cogió un trapo que había sobre una silla y que seguramente después de bien lavado y planchado habría resultado ser una servilleta y empapándola en agua del jarro del lavabo, mojó sin contemplaciones el rostro abotagado de su viejo amigo.

El agua corría cara abajo, introduciéndose por debajo del cuello de la desabrochada camisa. El lacio cabello gris de Ambler, caído sobre los ojos a manera de cortina, impedía ver sus ojillos inteligentes, ahora casi apagados por el abuso del alcohol. Sin embargo, parecían ir recuperando brillo conforme iba fijándose ante ellos la imagen de Slim.

—Despierta ya, viejo —habló este—. Es inconcebible que te encierres en esta pocilga y te satures de «whisky» hasta la inconsciencia. ¿Es que no tienes nada más decente que hacer?

Al parecer lo más urgente para él era relamerse los labios, restregarse los ojos para convencerse de que no estaba todavía dormido y mirar de soslayo la vacía botella de «whisky» como acusándola de ser la culpable de que viera tales visiones. Por fin pudo susurrar en voz baja:

—¡Slim!

Este había cogido una silla. Sacudió el asiento con unos periódicos que cogió de sobre la mesa, lo que provocó una nube de polvo que le hizo toser durante un buen rato, y se sentó frente a su amigo.

—¿Sigues creyendo que el «whisky» es una panacea, Rock?

Ambler volvió a restregarse los ojos y luego se quedó contemplando estúpidamente al hombre que tenía delante.

—¡Oh! ¿Por qué has vuelto, muchacho?

Slim Convers dio un respingo. Parecía como si todos los habitantes de

Stockton se hubieran juramentado para hacerle la misma pregunta. Y lo peor del caso era que en ella coincidían tanto los que pedía considerar como amigos suyos, como eran Fanny y Ambler, y los que no podía considerar como tales ni aun en los momentos de mayor optimismo.

—¿Tú también?

El periodista hizo oscilar a uno y otro lado su abundante cabellera grisácea, lanzó otra suplicante mirada a la vacía botella y respondió:

—No hay nadie en el mundo que pueda hacer nada por Stockton, y tú menos que nadie. Lárgate, muchacho.

Fue a sepultar nuevamente la cabeza entre los brazos y Convers se lo impidió con cierta violencia, y juntando su rostro al del periodista le habló vehemente:

—Óyeme, Rock. ¡Óyeme o te juro que empiezo a puñetazos contigo hasta despalilarle por completo! Yo no maté a aquel individuo. ¡No lo maté! ¿Me oyes? Tú debieras saberlo mejor que nadie. No negaré que mis métodos eran algo duros, violentos, si quieres. Pero siempre supe hasta dónde podía llegar y de dónde no debía pasar. ¡Tú sabes cómo estaba Stockton cuando me mandaron aquí a hacer una limpieza general! ¡También debes saberlo mejor que nadie, puesto que la cause de mi venida fue precisamente un artículo tuyo clamando contra la podredumbre y el viejo, contra el crimen enseñoreado de esta ciudad! Y tú, precisamente tú, fuiste quien me asesoraste, quien me indicaste quiénes eran y quiénes no los hombres que estaban al frente de esa ola de criminalidad y quién me dijo que si no pensaba obrar con energía, con dureza inclusive, era mejor que me volviera a San Francisco en el mismo tren.

Hizo una pausa para tomar aliente y volvió a hablar con voz más profunda y vibrante al mismo tiempo, arrastrando las palabras, casi mordiéndolas como para que fueran incrustándose implacables en el cerebro del otro, desalojando los vapores alcohólicos.

—Tú sabes cómo he odiado al delito y a los delincuentes. Sí, no me mires. Ya sé que la máxima cristiana no termina así. Pero yo no he presumido nunca de ser compasivo. Puede que ello se deba al ambiente en que nací y me crie. Yo nací entre ellos, en una atmósfera de crimen y de vicio. Y los conozco bien. Sé que no son seres humanos, que no se les puede considerar como a tales.

Ambler hipó sonoramente sin apartar su mirada grave, de borracho, del anhelante rostro de su amigo. De sus labios entreabiertos se escapó un vaho alcohólico que estuvo a punto de hacer enmudecer para siempre al ex presidiario. Dio unas palmadas en el brazo de este, amistosamente, y luego, con voz pastosa, vacilante, respondió:

—Ya sé, ya sé, chico. Pero nada de eso tiene importancia ahora. Todo da ya lo mismo. Incluso que yo te crea o no te crea... ¡hip!... ¡qué más

da!... ¡Nada importa que mataras tú o cualquier otro a aquella rata! Lo que sobra en Stockton es eso... ¡ratas!

—¡Pero yo no lo maté, Rock! ¡Te juro que no lo maté! ¡Es preciso que me creas! ¡Cuando yo lo dejé estaba vivo, completamente vivo! Un poco estropeado, sí, no te lo niego. Pero vivo. Y alguien lo mató para perderme a mí. Eso fue lo que ocurrió.

Pero el otro no le oía. Había empezado a canturrear a media voz una cancioncilla. Slim, desesperado, lo zarandeó violentamente:

—¡Escúchame, Rock! ¡Escúchame de una vez y luego sigue bebiendo hasta que te ahogues, si ese es tu gusto! Quiero trabajar. Necesito trabajar, ¿me oyes? Necesito dinero y nadie en Stockton es capaz de darme trabajo, a no ser tú.

Continuaba el borracho con su monótono sonsonete, Convers lo miro desanimado, abatido. No podría obtener nada de aquel odre de «whisky». De pronto la musiquilla cesó tan repentinamente como había comenzado.

—¡No hay nada que hacer, muchacho! Mal podría darte trabajo cuando yo mismo ando buscándolo inútilmente desde hace dos años.

¿Qué quería decir Rock Ambler? Si era cierto lo que había creído oír, la situación era todavía peor de lo que imaginaba. ¿Sería posible que a Rock Ambler, el hombre que había llegado a estar considerado como el árbitro de Stockton, hubiese llegado hasta el extremo que indicaban sus palabras? Hacía poco tiempo, seis años todo lo más, Ambler era toda una potencia en la ciudad. Halagado de los poderosos y temido por los que algo tenían que temer.

—Repite eso, Rock, No es posible que sea cierto. Es necesario que yo permanezca en esta ciudad por lo menos el tiempo imprescindible para aclarar ciertas cosas. Y contaba contigo.

Ambler lo miraba fijamente a través de sus párpados hinchados. Parecía estar meditando alguna oscura idea. Antes de que el otro pudiera continuar habló roncamente:

—Aclarar... aclarar. ¡No hay nada que aclarar! Todo es claro y diáfano en esta ciudad. Pero no hay trabajo. No hay trabajo del que tú quieres. En Stockton no tienen nada que hacer las personas decentes. Todo está podrido. Incluso Rock Ambler.

Se daba recios puñetazos en el pecho al decir esto.

—No busques trabajo aquí. No lo hay.

Hizo otra transición antes de continuar:

—Pero si es dinero lo que buscas, entonces, sí. Dinero hay mucho. Todo cuanto quieras, pero dinero sucio, lleno de porquería, de lágrimas, de sangre. ¡Mucho dinero! ¡Toma!

Y antes de que Convers pudiera evitarlo, Ambler sacó de sus bolsillos un fajo de billetes y se lo arrojó a la cara. Luego volvió a hundir el rostro

entre sus brazos, no sin gritar antes:

—¡Déjame en paz y vete!

Convers levantóse de la silla con resignada actitud.

—Está bien, viejo. Voy a dejarte. Pero estás equivocado si crees haberme convencido. En Stockton hay trabajo honrado. Por lo menos hay uno, y es el que yo voy a emprender. Sé que debes estar en un grave aprieto, Rock, pero no te encuentras ahora en condiciones de poder explicármelo. No importa. He venido a trabajar. A que trabajemos juntos, y trabajaremos. Mañana vendré a verte, viejo, y para entonces es posible que se te hayan aclarado las ideas y hagas digerido esa enorme cantidad de «whisky» que tienes en el estómago.

Ambler había desistido de dormir. Por lo menos de hacerlo a palo seco. Había abierto uno de los cajones de la mesa, y sin parecer darse cuenta de la presencia de su amigo en la habitación extrajo de él una botella de licor, completamente entera. Con rara habilidad, dado su estado, la descorchó y llevó golosamente el gollete a sus labios.

Por espacio de unos segundos, que a Slim le parecieron siglos, no se oyó en la habitación más que el «glu, glu» del licor al pasar de la botella a la garganta del periodista. Slim, con gesto de preocupación, lo miraba. Terminó por encogerse de hombros resignadamente y murmurar:

—¡Que la duermas a gusto, viejo!

—Sería mejor que lo acostara —dijo de pronto una voz desconocida para el ex agente—. Va a rodar como un fardo debajo de la mesa.

Slim se volvió apresuradamente para hacer frente al recién llegado, mientras se maldecía interiormente por haber dejado la puerta del piso sin cerrar. En el umbral vio la figura de un hombre desconocido, apoyada sobre el marco de la puerta.

—Buenas tardes —dijo.

Cerró tras de sí y avanzó con indolencia hasta el centro de la habitación, sin que pareciera afectarle mucho la mirada de hostilidad de Convers. Era un tipo de mediana estatura, de pelo gris, de traje gris y de personalidad tan gris como su atuendo. Al menos así le pareció a Convers al primer golpe de vista.

Lo único que destacaba de aquella tónica gris general era la fealdad física del rostro del desconocido, y sobre todo sus ojos amarillentos, de mirar huidizo y de la misma movilidad de las ratas. Pensó en las palabras pronunciadas momentos antes por Ambler. ¿Sería verdad que Stockton estaba poblado de ratas?

Pero si así era, tenía que reconocer que las ratas de Stockton no eran tan sucias como asegurara su amigo, al menos exteriormente. La que estaba ante él era de una pulcritud enervante. Y más enervante aún el perfume que despedía su persona.

Miraba sonriente al ex agente, como complacido por el examen de que le hacía objeto, y volvió a dejar oír su voz aguda, imprecisa, ligeramente cascada, que no lograba apagar por completo los sonoros ronquidos de Rock Ambler.

—¡Bienvenido de nuevo a nuestra ciudad, Convers!

Slim Convers no lograba encasillar en su memoria a aquel tipo, Y, sin embargo, estaba seguro de que le conocía. Y que el otro lo conocía a él, estaba fuera de dudas al observar la forma de hablarle.

—¿Qué quiere?

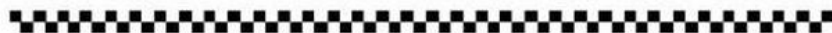
Hizo la pregunta como si se la extrajera de lo más profundo de su ser. El tipo aquel había apoyado sus dos manos sobre el respaldo de una silla y miraba a Convers con impertinencia. En sus huesudas manos lucían tres o cuatro enormes sortijas que olían a cien metros de distancia a bisutería.

—¿Qué quiere? —repitió.

El intruso hizo un gesto. Fue una especie de tic nervioso que replegó sus carrillos hacia atrás de una forma extraña, dejando aparecer unos dientes amarillentos, lobunos.

—¿No se acuerda de mí?

Sí. Convers lo recordaba. Lo había recordado en el momento en que el individuo dejaba ver aquellos dientes, tan exactamente iguales a los del hombre de cuya muerte se le acusara seis años atrás.



EDITORIAL ROLLAN

LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

IV



ATURALMENTE que lo recordaba. No había tenido con él un trato tan íntimo como con su hermano Steve, pero no era aquella la primera ni la segunda vez que se enfrentaba con Cush Mitchael. Los dos hermanos eran dos hampones, con un amplio historial en los archivos de la Policía y con varios crímenes en su conciencia, aunque nunca se les pudo probar y solo habían cumplido penas de poca importancia.

Los contactos de Convers, con Cush Mitchael, en el tiempo en que el primero permaneciera como agente del F. B. I. en Stockton habían sido menos frecuentes que con su hermano Steve, no porque aquel fuera ni mejor ni peor que su hermano, sino simplemente porque Cush tenía preferencia como campo para sus actividades ciudades distintas de Stockton y solo aparecía por esta incidentalmente.

—Claro que me acuerdo de ti —repuso Convers, poniéndose en guardia.

Conocía perfectamente las habilidades de los hermanos Mitchael y estaba seguro de que Cush, a poco que pudiera, intentaría vengar la muerte de Steve. ¿Le habrían hecho creer que Slim era el asesino de su hermano? La pregunta era difícil de responder, y además no tendría esa respuesta importancia alguna. Tanto si Cush creía verdaderamente en su culpabilidad como si conocía al verdadero autor de la muerte de Steve, el ex agente estaba seguro de que el odio hacia él no aumentaría ni desaparecería ni un solo ápice.

—Has mejorado mucho de situación, Cush —dijo Convers, refiriéndose al impecable atuendo del bandido—. Recuerdo que no hace tanto tiempo andabas siempre a bofetadas con el hambre y que eras capaz de matar a

cualquiera para robarle diez dólares. ¿Quién es tu amo ahora?

El individuo dejó escapar un sonido gutural de su garganta.

—A mí no se me ha podido probar nunca que haya matado a nadie. En cambio, no puede usted decir lo mismo. Si no recuerdo mal, fue condenado por asesina...

No pudo terminar. Convers, que se había prometido mantenerse sereno a pesar de cuanto el otro dijera, no pudo contenerse. Rechinando los dientes se levantó impulsivamente de la silla y cogió al otro por el cuello.

—Vuelve a repetir eso y te tragas todos los dientes —amenazó.

El individuo, con el rostro lívido y una mirada de odio, se soltó de las manos de Convers, no sin trabajo. Por un momento el ex agente esperó su reacción, dispuesto a responder con la máxima violencia. Pero no pasó nada. El individuo se limitó a arreglar el desperfecto de su flamante terno y volvió a mostrar sus dientes de lobo, y Convers no habría podido decir si fue a consecuencia de aquel tic nervioso o si se trataba de una sonrisa.

—Veo que continúa usted con sus procedimientos de violencia, Convers. No le ha servido de escarmiento lo ocurrido.

Aquella respuesta dejó asombrado a Slim. Todo lo hubiera esperado de un asesino a sueldo como Cush Michael menos aquella conformidad, aquel comentario tan poco apropiado en una persona como Cush. Cerró los puños, haciendo un violento esfuerzo para contenerse.

—¡Será mejor que te largues, o no respondo!

—Lo siento, pero no puedo obedecerle. He venido a ver al señor Ambler, y no tengo yo la culpa de que usted estuviera aquí. Esta creo que es su casa, no la de usted.

—Tienes razón —dijo Slim, tras de una pausa—. Será mejor que me vaya yo.

Pero el otro continuó como si no hubiera oído sus palabras:

—Sin embargo, como míster Ambler no se encuentra en estado de atenderme, según parece, yo no tengo inconveniente en hablar con usted del asunto que me ha traído aquí. Después de todo, por lo que he oído, creo que a usted le interesa encontrar trabajo, y yo puedo ofrecerle uno, bien pagado.

Otra vez volvió a asombrarse Convers. ¿Qué trabajo podría proponerle aquel bandido a un hombre como Ambler? Miró a este, que continuaba durmiendo ruidosamente, echado de bruces sobre la mesa. Y entonces recordó el fajo de billetes que su amigo le había dado, y que llevaba en el bolsillo del pantalón. ¿Sería posible que Ambler...?

—No sé qué trabajo vendrás a proponerle a él, ni me importa. Pero yo no quiero trato alguno contigo.

—Pues lo que venía a proponer a míster Ambler creo que es un trabajo que le interesaría a usted —dijo el otro, sin darse por enterado de las

palabras de Slim—. Se trata de limpiar la ciudad de indeseables —concluyó cínicamente.

En cualquier otro momento, las palabras de Cush Mitchael, bandido de nacimiento y asesino inveterado, habrían provocado en Convers un verdadero ataque de risa. Abrió la boca hasta casi desencajársele las mandíbulas. Lo que oía era lo más absurdo que podían haber captado sus oídos jamás. Y no pudo evitarlo, por muchos esfuerzos que hizo. Soltó una carcajada, una carcajada hueca, sin matices, parecida al graznar de una bandada de cuervos. Y entre los ecos de su risa pudo oír la voz del otro:

—Puede reírse cuanto le venga en gana —dijo—. Incluso puedo decirle que a mí también me hace gracia la cosa. Pero no por eso deja de ser menos cierta mi proposición.

Convers había logrado contener su ataque de hilaridad. Aquel hombre parecía hablar en serio. Y hasta pudiera ser que creyera muy natural hacer tal proposición a él. ¿No era un ex presidiario? ¿Qué de particular tenía que lo creyese, por tal razón, dispuesto a tomar decididamente el camino de los sin Ley?

—¿Vienes a proponerme que mate a alguien? —preguntó.

El bandido se encogió de hombros antes de responder.

—Yo no sé si habrá de matar a alguien o no. Particularmente no tengo el menor interés en que mate a nadie. Además, la proposición no es cosa mía. Yo me limito a transmitirle el encargo que me han hecho. Los detalles, si acepta, ya se los harán conocer. Y si usted no acepta hablaré con el señor Ambler cuando despierte, o buscaré a otro.

Convers estaba cada vez más intrigado ante la extraña proposición.

—¿Quién es la persona que hace esa propuesta?

—Eso es un secreto por ahora. El asunto que se le propone puede dar motivo para terribles represalias, y el que me manda está en una posición muy elevada para que desee que su nombre sea conocido.

Se había sentado frente a Slim, y sacando una pitillera del bolsillo, encendió un cigarrillo tranquilamente.

—La proposición tenía que hacérsela al señor Ambler —continuó—, pero estoy seguro de que esa persona preferirá que se haga usted cargo del asunto. Es usted mucho más apto para ese trabajo. Todos le conocemos en Stockton y no dudamos de sus aptitudes —no había ironía en sus palabras, aunque sí una lucecilla maligna en sus ojos—. Todos recordamos que durante su estancia aquí logró que el orden imperase en la ciudad, hasta... bueno, hasta que ocurrió aquello. Claro que ahora no gozará de las atribuciones y ventajas que antes tenía, pero, a pesar de ello, si hay algún hombre en Stockton con probabilidad de éxito en ese trabajito, ese hombre es usted. También puede ocurrir que le maten, cosa más que probable. Pero puedo asegurarle que esa posibilidad nos tiene completamente sin cuidado,

tanto a mí como a la persona que me manda.

—Ya me lo figuro. Pero ya procuraría yo que eso no ocurriera.

—¿Quiere decir con eso que acepta el asunto? —preguntó Cush, brillándole los ojos con una alegría diabólica.

—No he dicho tal cosa —respondió Convers—. Antes de aceptar debo saber en qué condiciones lo hago. Y también cómo debo de proceder para hacer esa limpieza en la ciudad.

—¡Oh! A eso puedo responder desde ahora mismo. Los medios que ha de emplear son de su libre elección. Solo se trata de que restablezca el orden en Stockton sea como sea. El cómo no nos importa.

—Comprendido. Pero todavía no estoy decidido. Primero me gustaría saber cómo has cambiado tanto tú, por ejemplo. Antes no pasabas de ser, bueno... tú mejor que nadie sabes lo que eras. No voy yo a regalarte los oídos.

Las alusiones a su persona no eran del agrado de Cush Mitchael. Interiormente estaba muy envanecido de sus progresos, y se consideraba como un hombre de lo más inteligente no solo de Stockton, sino de toda la Unión. Y si no, allí estaba como prueba palpable aquella combinación diabólica que se le había ocurrido. Ni el propio Gene Flage habría ideado nada semejante.

—Nada le importa a usted eso —respondió bruscamente—. Dígame si acepta o no lo que le he propuesto, y no se meta en averiguar lo que no le interesa.

—Está bien, hombre, está bien. No te enfades. Pero me gustaría saber los motivos que impulsan a esa persona desconocida a hacer semejante encargo. Yo había pensado ya hacer por mi cuenta algunas averiguaciones, pero me gustaría saber eso.

Cush respondió tranquilamente mientras que encendía otro cigarrillo:

—Esa es otra cosa que tampoco le importa.

Poco a poco había ido recuperando la serenidad y ya contestaba al ex agente con un acento de complicidad y de superioridad que iba alterando los nervios de Slim. De buena gana hubiera dado una paliza al individuo, pero no le interesaba por el momento. Que la proposición que Cush le había hecho encerraba algo turbio era cosa que saltaba a la vista. Sin embargo, había algo que no llegaba a digerir. ¿Cómo era que habían ido con una proposición semejante a Rock Ambler? ¿Sería posible que su amigo, el eterno paladín de las causas honradas, hubiera cambiado de postura?

Cush Mitchael creía haber dado por terminada con éxito su misión, seguro de su habilidad. Se había levantado de la silla. Dio un nuevo retoque al flamante terno que lucía, y despaciosamente sacó del bolsillo interior de su americana un fajo de billetes, que contó con la parsimonia y solemnidad

de un banquero. Slim le contemplaba en silencio, aunque asombrado en su fuero interno. Los billetes eran de los grandes.

—Cinco mil pavos —dijo el bandido con pujos de potentado—. Es la mitad de lo que se le dará si logra lo que deseamos. Pero no se haga ilusiones. Si vemos que no hace nada tendrá que devolver esos cuartos. Y no nos importará gran cosa que pueda o no pueda hacerlo. Nos los cobraremos aunque sea con su pellejo.

Slim Convers le oía entre asombrado y divertido. No dejaba de tener gracia que aquel producto del hampa, que jamás había podido disponer de algunos dólares, siempre robados, adoptara aquel aire de importancia y de hombre adinerado, acostumbrado a apalear millones.

—Otra condición existe además —continuó Cush—. Nadie en absoluto ha de saber ni una palabra de lo convenido.

Dejó los billetes sobre la mesa, cerca de Slim, que seguía mirándolo imperturbable pensando si sería mejor seguirle la corriente o levantarse y propinarle una paliza de la que tuviera recuerdo toda la vida.

—Todavía no he dicho si acepto o no. De todos modos, para un asunto de la envergadura que propones, esa cantidad es demasiado pequeña.

Rio Cush con una risita parecida al chirriar de unos goznes enmohecidos.

—No trate de engañarme, Convers. Sé tan bien como usted que lo haría por la mitad de ese dinero. Pero de todos modos, eso es lo que hay. Ni un centavo más. Así lo ha dispuesto quien puede hacerlo.

—¿Gene Flage?

El otro no respondió, limitándose a lanzar otra mirada de odio al ex agente.

—Conforme —dijo este, después de una ligera vacilación y guardándose el dinero—. Pero puedes decirle a tu jefe que en el momento en que vea algo que no sea de mi agrado lo dejaré, aunque os pese. Ahora vengan detalles. ¿Contra quién va esto?

—Contra Gene Flage —respondió Cush, provocando un nuevo gesto de asombro por parte de Convers—. ¿Le extraña? ¿Creía que era él el que me mandaba? Pues ya ve que se equivoca. Flage es el amo de la ciudad, es cierto. Pero queremos que su imperio termine cuanto antes. El domina todas las casas de juego, las máquinas tragaperras, las loterías clandestinas. Todo, en fin. Vaya esta noche al Fyndi's y pierda unos cuantos dólares a la ruleta. Cárguelos a la cuenta de gastos. Allí tiene Flage su cuartel general y podrá usted ambientarse. Yo también estaré por allí, pero no debe dirigirme la palabra. Obre como si no nos hubiéramos visto en la vida. ¿Algo más?

—No. Nada más. O sí. Una última pregunta: ¿conoce a Grace Bachman?

Slim Convers hablaba roncamente, como si de repente se le hubiera

puesto en la garganta algo que le impidiera expresarse con claridad.

Cush Mitchael le miró durante unos segundos. En sus ojos el odio había dejado lugar a una alegría de mal augurio.

—¿Grace Bachman? —preguntó. Y por la forma de hablar comprendió Slim que el individuo no solo conocía aquel nombre, sino que lo pronunciaba con delectación, como si solamente con pronunciarlo sintiera satisfecho a medias el aborrecimiento que sentía hacia el ex agente—. ¡Claro que la conozco! ¿Quién no conoce en Stockton a la querida de Gene Flage?

Slim Convers se levantó lentamente de su asiento, y era tal el fuego de su mirada, que Cush sintió la necesidad imperiosa de colocarse lo más cerca posible de la puerta. Se hubiera ido, pero de haberlo hecho no habría podido darse cuenta del daño que sus palabras causaban en Convers, y eso era una cosa que no pensaba perderse por nada del mundo, aun a riesgo de que su curiosidad le costara algún puñetazo.

—¡Repíte eso, Cush!

—¿Qué quiere que repita? ¿Qué Grace Bachman es la amante de Flage? Eso lo sabe todo el mundo, ya se lo he dicho. Pregúnteselo a su amigo Ambler cuando esté en disposición de poder responder. Además, no tiene usted más que ir al domicilio particular de Flage, en Lynn Street, cuarenta y siete. Una residencia señorial. Le ha costado a Gene una verdadera millonada pero él puede hacerlo. Allí la encontrará. Pero tome sus precauciones. No es muy fácil entrar en casa de Flage, y sería un grave inconveniente para nuestros planes que le mataran a usted antes de tiempo.

Se apresuró a salir sin esperar la reacción de Convers. Pero esta vez su temor era equivocado. Slim Convers no le hubiera tocado ni al pelo de la ropa. Comprendía que el bandido había dicho la verdad. Con el ánimo de hacerle todo el daño posible, pero la verdad.

Slim recordaba perfectamente las palabras de Fanny Ellison cuando le hiciera la misma pregunta que había hecho ahora a Cush Mitchael, y comprendió que la joven viuda, como el aborrecible Cush, no había dicho más que lo que todo el mundo sabía, menos él.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!



L salir de la casa de Rock Ambler, después de haber dejado a este durmiendo su terrible borrachera, Slim Convers anduvo sin rumbo fijo, pensando en cuanto había sabido por boca de Cush Mitchael, y especialmente cuanto se refería a Grace Bachman.

Todavía no acertaba a explicarse cómo había podido dejar ir a Cush, después de aquellas informaciones, sin haberle roto algún hueso. Solamente el asombro doloroso que le produjeron tales noticias, impidiéndole momentáneamente reaccionar, podía ser la razón de que por aquella vez su violento carácter no hubiera estallado como de costumbre.

A pesar de todo lo oído, de los informes de Cush, coincidentes punto por punto con la opinión de Fanny Ellison, el ex agente federal no creía en la culpabilidad de Grace Bachman. No era posible que la mujer que le había hecho ardientes promesas de amor, que le había jurado una y mil veces que sería su esposa o no pertenecería a nadie, le engañara de tal modo. ¡No era posible!

La opinión de Fanny Ellison no contaba. Al fin y al cabo, Fanny era una mujer sencilla, crédula, y habría asimilado sin vacilar los chismes de cualquier amiga o conocida, creyéndolos a pies puntillas.

Y en cuanto a Cush Mitchael todavía había que concederle menos crédito. Era el hermano del hombre a quién él había matado, según la opinión de todo Stockton, y en un tipo de la catadura moral de Cush era perfectamente comprensible que le odiara y estuviera ansioso de venganza. Si en realidad creía o le habían hecho creer tal cosa, su actitud era perfectamente lógica.

Pero hasta en el caso de que Cush supiera que Slim no tenía nada que

ver con la muerte de su hermano y conociera perfectamente al verdadero asesino, era hombre muy capaz, por unos cuantos cientos de dólares, de olvidar a este y dirigir sus ideas vengativas hacia él.

Le sacó de su abstracción un grupo de personas situado frente a una casa, y la presencia, a la puerta de esta, de dos policías de uniforme. Convers se acercó a uno de los curiosos:

—¿Qué ha ocurrido?

El interrogado, un muchachuelo de unos quince o dieciséis años, que masticaba infatigablemente un chicle, respondió sin detener su tarea:

—Parece ser que alguien ha intentado evitarse pagar más impuestos y ha dejado abierta la espita del gas.

Convers se encogió de hombros y se dispuso a seguir su camino. El que alguien aburrido de la vida decidiera poner fin a ella no era cosa que pudiera interesarle mucho. Siempre había sentido desprecio, más que lástima, hacia esa clase de individuos. Se disponía a alejarse cuando observó que uno de los «cops» de guardia ante la puerta le sonreía amistosamente y le hacía un gesto invitándole a acercarse.

Accedió a la invitación. Había dejado buenos amigos entre la Policía local, con la que había mantenido excelentes relaciones durante su estancia como agente del F. B. I. en la ciudad hasta que le ocurriera el triste incidente que le condujo a presidio.

Estrechó la mano del agente de uniforme, que le saludaba afectuoso:

—Me alegro mucho de verle, señor Convers —dijo el guardia—. Ya sabe usted que ninguno de nosotros creyó jamás en su culpabilidad. Lo que se hizo con usted fue algo inicuo.

—Gracias, Pat. Es lo único agradable que he oído desde que llegué a Stockton. Pero dejemos eso. Me alegro mucho de verle. ¿Qué ha ocurrido? Me han dicho que alguien ha intentado quitarse de en medio.

—Esto es lo que hemos dejado que crea esa gente, señor Convers. Pero es algo peor. ¿Por qué no sube usted? Arriba está el sargento Greason, que se alegraría mucho de verle. Y hasta podría darle algún consejo. La cosa no está muy clara.

Las reticencias del «cop» excitaron el instinto policíaco de Convers y despertaron su curiosidad. Sin embargo vacilaba. No quería exponerse a recibir una mala acogida de parte de Greason, hombre casi tan violento como él, aunque una bellísima persona en el fondo. Habían sido muy amigos, es verdad, pero también habían tenido algunas agarradas, aunque no pasaron nunca de simples discusiones, más o menos violentas.

—¿Cree que Greason no se molestará?

—Todo lo contrario, se lo aseguro. Aún recuerdo cómo se puso al conocer la sentencia que dictaron contra usted. Estaba furioso y dijo a todo quien quiso oírlo, y a muchos que no lo hubieran querido oír, que se había

cometido una canallada. Y que habían condenado a uno de los pocos hombres decentes que había en Stockton. Le costó una buena reprimenda de los jefes y estuvo a punto de dimitir. Afortunadamente, no lo hizo.

Las últimas palabras del policía ya no las oyó Convers. Subía de dos en dos los escalones, con verdadera ansia de llegar al piso que le indicara Pat. El hecho de que hubiese en Stockton una persona por lo menos que no creyera en su culpabilidad le llenaba de alegría y estaba deseando estrechar las manos del sargento Greason.

No fueron las manos precisamente lo que le estrechó. Greason, al verlo aparecer de pronto en la puerta de la habitación donde se encontraba, dejó con la palabra en la boca al hombre que estaba hablando con él y apresuradamente llegó hasta donde se hallaba Convers y le dio un formidable abrazo que estuvo a punto de dejarle sin respiración.

—Creí que ibas a marcharte de Stockton sin venir a saludarme, muchacho —dijo, mientras daba formidables palmadas en las espaldas del ex agente—. No te lo hubiese perdonado nunca.

—Gracias, sargento —respondió Convers, algo emocionado—. He subido porque me dijo Pat que estabas aquí arriba y que te alegrarías de verme. Pero no quiero interrumpirte en tu trabajo. ¿Qué ha pasado aquí?

El sargento Greason, ante las asombradas miradas del hombre que estaba con él, cogió a su amigo por un brazo y, sin decirle nada, lo empujó hasta una habitación contigua.

El espectáculo que se presentó a los ojos de Convers no era muy agradable a la vista. Tendida en un diván, en una postura violenta, amarrada de pies y manos, yacía el cuerpo de una mujer todavía joven y de indudable belleza, que ni la muerte pudo borrar del todo.



El espectáculo que se presentó a los ojos de Convers no era muy agradable.

Debía haber hecho terribles esfuerzos para escapar a la terrible muerte que la esperaba, pues sus ropas aparecían en desorden, dejando al descubierto dos largas y bien formadas piernas hasta más arriba de las rodillas.

—¿De modo que no se trata de un suicidio? —preguntó, estúpidamente, Slim.

—No creo que exista la menor probabilidad de que nadie se amarre como una morcilla para suicidarse —respondió Greason, con un humor tétrico—. Esta desgraciada ha sido cobardemente asesinada.

—¿Cómo se ha descubierto?

—Una vecina, que al bajar la escalera notó un intenso olor de gas. Avisó al portero, que subió inmediatamente, y aporreó la puerta hasta cansarse. Al no recibir respuesta nos avisó.

—¿Tienes algún indicio?

—Hasta ahora, solo he podido saber que la desgraciada esa se llamaba Ann Spratt, y que trabajaba o había trabajado en el Fyndi's, el club de noche de Gene Flage. Era una especie de «gancho» para atraer jugadores.

El nombre de Gene Flage había acuciado todavía más el interés de Slim Convers. En aquel momento entraban dos hombres, portadores de una camilla, para llevar el cadáver al depósito. Greason le dejó solo por unos instantes, mientras daba instrucciones a los camilleros y les acompañaba hasta la puerta.

Fue entonces cuando la atención de Convers fue atraída por algo que brillaba entre las ropas revueltas del diván que había sido lecho de muerte de la desgraciada Ann Spratt. Se acercó apresuradamente al diván, y contempló con asombro una delgada pulsera de platino con un solo brillante en el centro, como adorno.

No se trataba de una joya de gran valor, y nadie mejor que Slim Convers para asegurarlo, puesto que aquella pulsera había estado en su poder en otra ocasión. La cogió entre sus manos y la estuvo contemplando por espacio de unos segundos. No había duda, era la misma. La pulsera que siete años antes había comprado para regalársela a Grace Bachman el mismo día que se prometieron. Allí estaban las iniciales de los dos apellidos, C y B, artísticamente grabadas en su interior. Sonrió amargamente. Por aquella pulsera había pagado ochenta dólares, lo que había significado para él acortar hasta el máximo su ración de «whisky» por espacio de tres meses.

Permanecía envarado en el centro de la habitación sin poder apartar su vista de aquel trozo de metal, y pensando que los informes de Fanny y del pistolero Cush Mitchael parecían confirmarse. Porque de no ser así, ¿cómo explicar que estuviera en manos de una mujer cualquiera, como la desgraciada Ann, una alhaja que no debía haber salido nunca de las manos de la decente y enamorada Grace Bachman?

Instintivamente, al oír los pasos de Greason que se acercaban, Convers metió la pulsera en su bolsillo, y esperó la llegada de su amigo. Pero ya le era imposible permanecer por más tiempo allí. Le corría gran prisa entregarse a sus meditaciones, procurar poner en orden el caos de confusas ideas que le atormentaban.

Pretextando la obligación que tenía de no molestar a Greason en aquel momento en que el sargento debía dedicar todo su tiempo al esclarecimiento del cobarde asesinato, abandonó a su amigo, prometiéndole ir a verlo más tarde.

Y de nuevo encontrós en la calle, pensando en la urgente necesidad que tenía de celebrar una entrevista con su antigua prometida.

* * *

Anohecía ya, cuando Slim Convers llegó a la casa de Gene Flage, en la que, según todos los informes recogidos, debía habitar Grace Bachman, su ex prometida.

Contra lo que esperaba, es decir, hallarse ante una nueva demostración del mal gusto a que tan propensos son los aventureros enriquecidos, vio ante sus ojos un hotel pequeño, de líneas severas, enclavado en el centro de un pequeño parque poblado con grandes árboles, que prestaban con sus frondosas copas un aire tétrico al edificio, aumentado por el absoluto silencio reinante y las cerradas ventanas, que parecían delatar la ausencia de vida en la mansión.

Por su aspecto exterior más bien le pareció a Convers aquella casa morada de un investigador científico, de algún artista amante de la soledad y el silencio que no de un aventurero con ribetes de «gángster», enriquecido por los más sucios procedimientos.

Slim empujó la verja, y decidido se internó por un caminito enlosado, entre macizos de plantas, hasta desembocar en una amplia explanada sembrada de fresco y jugoso césped. No le hubiera extrañado nada a Slim que al llamar a la puerta le abriera esta un majestuoso y empatillado mayordomo al estilo inglés, rígido y ceremonioso. Apoyó el índice en el botón del timbre, y oyó su repique en el interior de la casa.

Más no fue la figura de un estilizado mayordomo la que se encuadró en el abierto umbral, sino la de un individuo que, desde el primer momento, juzgó Slim mucho más a tono con la estructura moral del dueño de la finca.

Era un hombre de su edad aproximadamente y de casi la misma estatura, quizá seis u ocho pulgadas más alto que Slim. Vestía un traje verde tan chillón, que lastimaba a la vista, y su rostro era más digno de figurar en las fichas de los archivos policiales que en las de algún concurso de belleza varonil.

Tenía el cabello rojo, hirsuto y la cara cruzada por dos o tres costurones, que no contribuían precisamente a hacerla más agradable. Pero lo más repelente eran los ojos, unos ojos de un azul tan claro que parecían

blancos, y producían una sensación de frialdad, de viscosidad que invitaban a dar, casi insensiblemente, unos pasos atrás.

—¿Qué quiere? —preguntó, con una voz cansina, hueca—. No hay nadie en la casa.

—¿Ni siquiera *miss* Grace Bachman?

—Ya le he dicho que no. Han salido.

—Bueno, pues le esperaré. No tengo prisa.

Hizo intención de pasar, pero el tipo le interceptó el paso.

—Hágalo si quiere, pero en la calle. Lárguese.

No había levantado la voz, pero se notaba en ella un tono de amenaza, que a Slim no le pasó por alto. Pero había ido decidido a ver a Grace, y no pensaba desistir de su intento porque un criado con aspecto de bandido lo quisiera así. Aunque no había perdido de vista al hombre, Slim pudo echar un vistazo al vestíbulo. Y no pudo por menos de fijarse en el contraste rotundo con el aspecto exterior de la finca.

La severidad y sobriedad de fuera cedía el paso en el interior a un lujo chillón, pesado y ostentoso. Todo allí olía a dinero, a mucho dinero; pero todavía más a mal gusto, a un deseo evidente de «epatar» a los visitantes con una magnificencia que los aplanase y les hiciera desear salir cuanto antes a un ambiente más sencillo y acogedor. Pero Slim no estaba dispuesto a marcharse.

—Pienso esperar a la señorita Bachman. Quítese de delante.

El mayordomo o lo que fuera había perdido toda huella de cortesía, si es que la tuvo alguna vez.

—Me está usted molestando demasiado, amiguito. Le he dicho que no puede entrar. No me obligue a decírselo de otro modo.

Era más de lo que Slim estaba dispuesto a tolerar. Sin vacilar asestó al individuo un puñetazo, dirigido al mentón. Había puesto en el impulso una gran fuerza, convencido de que con aquel solo puñetazo el hombre se derrumbaría como un saco y dejaría la puerta libre.

No fue pequeño su asombro al observar que ni rozaba siquiera a su adversario. Este no hizo más que un ligerísimo quiebro, y el brazo del ex agente se extendió en toda su longitud, sin hallar más que el vacío. El impulso tomado tuvo, por lo menos, una virtud: la de hacerse llegar casi hasta el centro del vestíbulo sin que el otro lo impidiera.

Pero al mismo tiempo hizo pensar a Slim que la cosa no iba a resultar tan sencilla como pensara. Volvióse rápidamente, y pudo ver al criado cerrando la puerta a sus espaldas y mirándole de un modo que no auguraba nada bueno.

Convers no se arredró. Llegó hasta él, andando despacio, con la vista clavada en aquellos ojos que parecían los de un invidente. De pronto dio un salto, amagó un golpe con la izquierda, seguido de un terrorífico «gancho»

con la derecha. Era su golpe favorito, el que jamás le fallaba. Pero estaba visto que Slim había encontrado la horma de su zapato.

No solo sufrió la dolorosa sorpresa de comprobar que su golpe se perdía nuevamente en el vacío, sino que en contestación recibió un formidable golpe en las narices, un impacto brutal, que le produjo la sensación de que uno de los amazotados artesonados de la habitación le había caído de pronto sobre el rostro.

A esta sensación contribuyó notablemente ver cómo todas aquellas obras de arte, los recargados tapices, las arañas de cristal y los apliques de metal dorado y reluciente danzaban vertiginosamente ante sus ojos como si de pronto se hubieran sentido acuciados por la necesidad de pasar de seres inanimados a entes llenos de vida y actividad.

Jadeante, furioso, sintiendo en la boca el acre sabor de su propia sangre, se lanzó contra el mayordomo.

El líquido caliente y pegajoso que brotaba de sus cejas partidas, de sus labios rotos y de sus narices aplastadas, le molestaba terriblemente y le impedía una perfecta visión, pero la vista no le era absolutamente imprescindible para darse cuenta de que el otro le estaba castigando duramente el hígado y otras partes de su cuerpo, ni para comprender que sus golpes, en cambio, se perdían lamentablemente, la mayor de las veces, como si estuviera luchando contra un enemigo invisible.

Finalmente sintió que unos brazos de hierro sujetaban sus brazos a la espalda, mientras que unas manos como manoplas se aplastaban contra su nuca, y algo, que seguramente sería la rodilla de su enemigo, se incrustaba con fuerza en sus riñones. Y comprendió que si no se zafaba de la presa mortal, sus minutos estaban contados.

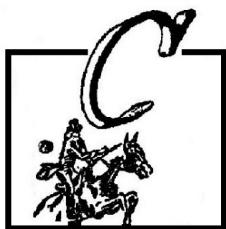
Afortunadamente, una voz imperativa, autoritaria, una voz que hubiera reconocido hasta después de muerto, sonó en la habitación:

—¡Suéltalo, Bobo!

Bobo —aquel bestia se llamaba así, por lo que oía— soltó su presa, y Slim rodó sobre la alfombra como un pelele, como un muñeco desarticulado. La sangre, detenida por la enorme presión a que había estado sujeta, volvió a circular por sus venas, causándole una sensación de profundo bienestar.

Pudo, a pesar de los terribles dolores que sentía, levantar la vista hacia donde había sonado la voz. Y la vio allí. A mitad de la escalera. Radiante, bellísima.

VI



ONVERS continuó tumbado sobre la lujosa alfombra, reponiéndose y dando tiempo a la vez a poner en orden sus ideas.

El momento ansiado y temido al mismo tiempo había llegado.

Tenía ante sí a la mujer que había amado como jamás amó a otra alguna. A la que había recordado minuto a minuto durante seis largos años de encierro, y cuyo proceder no le parecía muy claro, a pesar de los esfuerzos mentales que hubiese hecho para explicárselos o hallar alguna disculpa.

Fue Bobo, el gorila que le había zurrado con tanta eficacia, el que habló primero, y, no obstante el estado de medio aturdimiento en que Slim se encontraba, pudo comprobar que su tono no era el de un sirviente hacia su dueña, sino el de alguien que puede hablar en un plano casi de igualdad.

—Me atacó porque le dije que no podía entrar —dijo.

Pero la voz de la mujer, más seca y autoritaria esta vez, cortó toda explicación:

—¡Vete!

A Slim le pareció que el llamado Bobo iba a responder con algún ex abrupto. Pero debió arrepentirse de ello, porque se limitó a encogerse de hombros y, murmurando algo ininteligible, desapareció.

Mientras observaba todo aquello y procuraba contener con su pañuelo la sangre que brotaba de sus narices, Slim, levantábase del suelo, ya recuperado por completo, y antes de que el otro abandonara la habitación, le dijo:

—Ya procuraré verte en otra ocasión, Bobo. Y procuraré devolverte con creces lo de esta noche.

El gigantón le lanzó una mirada de odio y desprecio, y abandonó la

estancia, sin prisas y sin mostrar, aparentemente, interés alguno por lo que tenían que decirse las dos personas que quedaban allí.

Ella seguía en el mismo sitio desde donde diera la orden de salir a Bobo: bella, altanera y silenciosa, y Slim, con el pañuelo siempre sujetándose las narices, se llegó hasta el pie de la escalera, contemplando con intensa emoción la figura de la mujer que amara.

Y no se arrepentía de haberla amado. Incluso a poco que le obligaran, estaba dispuesto a confesarse que todavía la amaba.

Era bella la indina. Un rostro de un óvalo perfecto, en el que brillaban con luz propia unos ojos negros, profundos y rasgados; unos labios bien dibujados, aunque un poco excesivamente finos, y una barbilla cuadrada, desafiante, que daba a entender que no era la energía, precisamente, la cualidad que con menos abundancia figuraba entre las de Grace Bachman.

Y todo ello coronando un cuerpo que ni el mismo Fidias hubiera desdeñado modelar.

Slim Convers habría dado algunos años de vida porque Grace le hubiese invitado con un gesto, con una palabra, a acercarse. Lo habría hecho inmediatamente, de haber visto en sus ojos un poco del amor que en otros tiempos le había jurado, y se hubiese lanzado a ella, estrechándola entre sus brazos, olvidando su extraña conducta, despreciando cuanto de ella le habían dicho, para cubrir de besos su rostro.

Pero no llegó el gesto, ni la palabra invitadora, ni la mirada de amor. Todo lo contrario, cuando la esfinge habló, lo hizo con tono glacial, con un acento que hizo apearse a Slim de sus ilusiones y volver a la realidad:

—¿Para qué has venido, Slim? Debieras haberte figurado, por mi silencio, que entre nosotros todo había terminado.

—¿Todo? —preguntó Convers, con voz tranquila. Habíase recuperado completamente, y volvía a ser el hombre dueño de sí mismo, de sus impresiones—. Es posible —continuó—, puesto que así lo has decidido tú. Pero...

—Será mejor que te vayas, Slim. No quiero oír tus reproches. No tienes derecho alguno a hacerlos.

—Pero si no son reproches, querida. Si solamente se trata de una o dos preguntas inocentes. Me interesaría saber, por ejemplo, qué razones tiene una mujer decente para abandonar a su prometido sin darle la menor explicación. Esa sería mi primera pregunta.

Grace descendió, y andando con pasos majestuosos, ensayados seguramente infinidad de veces ante un espejo, se encaró con él:

—Te he dicho antes que no tienes derecho alguno a hacerme reproches. Y ahora añadido que tampoco lo tienes para insultarme, y que no te lo consentiré. Pero, de todos modos, voy a contestarte clara y rotundamente.

Convers la observaba fijamente a los ojos, con un rostro inexpresivo, de

piedra.

—Habría mucho que discutir sobre eso de mi abandono. No fui yo, creo, quien puso entre ambos una barrera de años, matando a un hombre. No tengo vocación de mártir, y no estaba dispuesta a esperarte, ni hubiera esperado a ningún hombre. No me seducía la idea de ir a verte a presidio a llevarte cigarrillos y algunas golosinas todas las semanas o todos los meses, mientras mi juventud y mi belleza iban agotándose sin haber gozado de la vida.

—Por lo menos he de agradecerte la claridad.

—Pero, para ser más clara todavía —continuó ella—, debo reconocer que tampoco me seducía la idea de casarme contigo ni aun antes de hacer lo que hiciste. Ser la mujer de un hombre sujeto a un sueldo miserable, tener que pasarme la vida zurciendo calcetines, fregando suelos o cocinando, tampoco era cosa que me ilusionara demasiado.

—Eso quiere decir que no me has querido nunca, ¿no es eso? Tú sabías perfectamente quién era yo cuando te comprometiste conmigo. Sabías lo que era y lo que podía llegar a ser...

—Sí —interrumpió—. Y creo que en aquel momento te amaba. Pero yo esperaba de ti algo más. Esperaba ver en ti iniciativas, deseo de mejorar de situación, ansias de tenerme a mí, cuando nos casáramos, como a una reina. Pero no eras así. No pasabas de ser un eficiente funcionario, probó y honrado a carta cabal, tan a carta cabal, que estabas dispuesto a llevar toda una vida de estrecheces. Una miseria dorada. Eras un esclavo del deber y de la Ley.

—¡Ya! ¡Y a ti, eso te parecía poco! ¿No es eso? Tú hubieras deseado que yo fuera otra clase de hombre. ¡Que me olvidara del deber y de la Ley que tú desprecias, que saltara por encima de ellos, que me convirtiera en un Gene Flage cualquiera! Era pedir demasiado, Grace. Ni tu hermosura ni tu amor merecen tanto. Pero te agradezco que me hayas hablado tan claro, y me alegro de que lo hayas hecho a tiempo, porque en caso contrario...

—¿Qué? —preguntó ella, desafiante.

—No sé, no sé, preciosa; pero creo que, de haberme hablado así después de casados, no me habría podido despedir de ti con la tranquilidad que lo hago ahora. Incluso es muy posible que, llevado de este violento temperamento mío, estropeará en algo esa belleza, de la que tan orgullosa estás. ¡Gracias, querida! ¡Adiós! Es posible que nos veamos a menudo. Solo deseo que sigas tan desinteresada como hasta aquí.

Marchó hacia la puerta sin volver la cabeza y sin darse cuenta de que le dolían todos los huesos a consecuencia de su lucha con Bobo.

—¿No tenías que hacerme otra pregunta? —sonó la voz sin inflexiones de Grace Bachman.

—Sí. Pero me has contestado tan bien a la primera, que todas las demás

huelgan.

—Óyeme, Slim... Yo... Bueno; quiero decir que yo podría ayudarte, si te encuentras en apuros... Podría dejarte alguna cantidad. Pero me tenías que prometer que abandonarías Stockton.

—Gracias por tu generosidad —respondió Slim, con ironía—. Me pides precisamente lo que no puedo concederte. Tengo algo que hacer en esta ciudad. Algo ineludible. Pero antes de irme de esta casa quisiera darte un consejo: procura no derrochar de esa forma el dinero. ¡Qué diría Gene Flage!

Tuvo casi la impresión material de que los ojos de ella se le clavaban en la espalda como dos agudos puñales.

El aire fresco de la calle le reconfortó. Hizo una parada, para frotarse suavemente el cuello, que le dolía extremadamente. Era raro lo que le ocurría. Había deseado ardientemente aquella entrevista con su antigua prometida, seguro casi que, de ser verdad lo que de ella le habían dicho, todo su ser experimentaría tal impresión, que no se sentiría capaz de reaccionar. Creyó que una vez convencido de que había perdido el amor de Grace, para él nada tendría interés en la vida. Y lo cierto era que no sentía tal cosa.

Estaba disgustado, profundamente disgustado, eso sí, por el desengaño, pero nada más. El ídolo que él había entronizado en su corazón se había derrocado, derrumbóse, pero con su caída no se había llevado nada vital. Solo había dejado la huella del error cometido al entregar a una mujer como Grace su corazón.

Pero ¿se lo había entregado de verdad? No estaba muy seguro de ello. La prueba estaba en que, conforme caminaba, el recuerdo de la mujer se iba esfumando. Era algo así como cuando se pasa ante un lujoso escaparate, y se contempla algo bello, de nuestro gusto, que se desearía adquirir inmediatamente, pero que a los pocos minutos se ha borrado de nuestra imaginación, y no se intenta el menor esfuerzo por poseerlo.

En los primeros momentos había olvidado el dolor físico, y dominaba en él el amor propio, dolorido por las cínicas palabras de Grace; pero ya lo olvidó, y en aquel momento lo que le dolía de verdad eran los golpes que le asestara el bárbaro de Bobo.

Pero sonrió, a pesar de todo. Lo de Grace no tenía arreglo posible. Ni lo deseaba siquiera. Pero lo de Bobo era otra cosa. Otra cosa más que tenía que hacer antes de abandonar Stockton, si es que lo abandonaba. Pero también tenía carácter secundario.

Lo principal era lo otro. Y lo otro era, sencillamente, descubrir al verdadero culpable de la muerte de Steve Mitchael. De la muerte del hombre por la que él había sido expulsado del F. B. I. y permanecido durante seis largos años tras de los muros de una prisión.

No sabía si aquello le abriría de nuevo las puertas de la famosa organización. Ni si deseaba pertenecer de nuevo a ella. Pero lo que le interesaba por encima de todo era rehabilitar su nombre, demostrar al mundo entero que él podría ser un hombre de carácter violento, pero que no había sido ni lo sería nunca un asesino. Le interesaba, por su propia dignidad, dejar bien sentado que Slim Convers era y había sido siempre un hombre fundamentalmente honrado. En tal concepto lo había tenido Grace Bachman, y no era cosa de hacerla variar de opinión.

Para empezar a actuar, había pensado que una buena dificultad era la falta de dinero, pero esa dificultad se la había allanado Cush Michael con el misterioso encargo que le había hecho. No se le ocultaba la idea de que, detrás de ese encargo, había algo raro; pero no le importaba gran cosa. El emplearía aquellos dólares con toda libertad, y siempre actuando con arreglo a su forma de ver las cosas, no como desearan Cush y quién lo había mandado.

Era ya noche cerrada, y el lugar por dónde caminaba Slim era solitario y tranquilo, lejos del bullicio del centro de la ciudad. Caminaba entregado a sus pensamientos y forjando planes para su inmediata actuación. Y de pronto, instintivamente, se dio cuenta de que alguien le seguía. Sonrió, satisfecho. Los largos años de encierro no habían anulado su fino instinto policíaco.

Paró en seco, y los pasos que sonaban tras de él dejaron de oírse. Había confirmado su primera sospecha. Continuó caminando, pegándose más a las cercas de los hoteles del barrio residencial.

De pronto echó a correr como si le persiguiera el diablo. Y las pisadas sospechosas se aceleraron al unísono, sin precauciones ya de ninguna clase, que era precisamente lo que deseaba Slim.

Dobló una esquina, y se paró en seco. Una forma oscura la dobló también, segundos después, y Slim, dando un salto prodigioso, se lanzó contra el individuo.

La lucha fue breve. Los dos hombres cayeron enlazados, rodando por el suelo. La sorpresa constituyó una ventaja para Slim; pero, de todos modos, no le habría costado gran trabajo dominar a su adversario. No era de su talla. Un fuerte puñetazo en el pecho y un rodillazo en el vientre fueron suficientes para que el perseguidor saliera disparado hacia atrás y quedara revolcándose en el suelo, gimiendo dolorosamente.

A la escasa luz de la luna reconoció a su perseguidor, pero no lo demostró. Lo cogió de las solapas de la americana, izándolo a pulso, y le obsequió con dos moquetes a izquierda y derecha. El tipo hizo ademán de llevarse la mano al sobaco, pero Slim le detuvo el gesto con un puñetazo en la boca, que le hizo desistir de sus intenciones. Luego le quitó el revólver.

El individuo, loco de rabia, le escupió en la cara. Nunca lo hubiera

hecho. Slim se dejó llevar por la rabia que todavía latía en su pecho, recordando su anterior lucha con Bobo, y comenzó a golpear furiosa, pero metódicamente, el rostro de su adversario, que se debatía impotente para contener aquel aluvión.

—¡Mátame ya, como a mi hermano!

La furia de Slim se disolvió como una pompa de jabón. Soltó a Cush Mitchael, que cayó de nuevo, y habló, con tono sombrío:

—Yo no maté a tu hermano. Ya sé que no me creerás, pero es la verdad. Alguien te lo ha metido en la cabeza, o tú finges creerlo así, para asesinarme. Te aconsejo que no lo intentes otra vez. Te mataría. Tendría que hacer contigo lo que no hice con Steve. No creas por eso que siento su muerte, ni que sentiría la tuya. Pero dejemos eso. No acabo de comprenderte. Has intentado asesinarme ahora. Y, sin embargo, hace unas cuantas horas me diste dinero para encargarme de un trabajo.

Cush no respondió. Ni pareció oír sus palabras. Le miraba con odio. Un odio frenético. Y Slim dio por terminado el incidente. Se levantó, arregló sus ropas, alteradas en la lucha, y se despidió con una última advertencia:

—Dile a tu amo que escoja otro pistolero de más redaños que tú.

Se alejó sin volver la mirada atrás. Cien metros más allá paró un taxi vacío, y le dio la dirección de la casa de Fanny Ellison; pero poco más tarde cambió de idea, y dio orden al conductor de llevarle a casa de Rock Ambler. Cabía en lo posible que el periodista hubiera dormido ya la borrachera, y una entrevista con él era algo que Slim consideraba de suma importancia para sus planes.

El taxista, gruñendo algo sobre los clientes que no saben siquiera a dónde quieren ir, dio una rápida vuelta al volante.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leen

P R O E Z A S

VII



E noche, la casa donde el periodista Rock Ambler albergaba sus miserias presentaba un aspecto todavía más desagradable a la escasa luz del solitario callejón.

Slim pagó al taxista, y estuvo unos segundos contemplando cómo el coche se alejaba. Después, con paso decidido, abrió la puerta, y comenzó la ascensión, rompiendo el silencio de la noche con los crujidos de los carcomidos escalones.

Fue a pulsar el timbre de la entrada del piso, para lo cual encendió su mechero, a fin de localizarlo. Pronto comprobó que no era necesario llamar. La puerta estaba solamente entornada, y aquello, que le hubiera extrañado de tratarse de otro que no fuera Ambler, no le llamó la atención. Probablemente, desde que él mismo y Cush salieran de aquella casa, a primeras horas de la tarde, nadie habría ido a ver al viejo periodista, y este estaría aun durmiendo la borrachera.

Empujó la puerta entornada, y dio dos pasos hacia adelante. Y entonces sí que tuvo motivos de asombro. El despacho de Ambler no había brillado nunca como modelo de habitación ordenada; pero aquello que veían sus ojos era algo excesivo.

Parecía como si desde que él la abandonó por la tarde un tropel de brujas hubiera celebrado allí un vertiginoso aquelarre. Todo estaba, no ya en desorden, sino esparcido por la habitación en terrible revoltijo. Un montón de papeles yacía en el suelo, bañándose materialmente en un charco de «whisky». La botella que contuviera el licor estaba hecha añicos, destrozada, en el suelo.

Salvando los innumerables obstáculos, Slim avanzó hasta la puerta que daba al dormitorio de Ambler. Aquello no tenía más explicación que el

periodista hubiese sido víctima de un ataque de «delirium tremens» y destrozara cuanto tenía por delante. Y seguramente estaría en la alcoba, enfermo, tal vez muerto, derrumbado sobre su camastro. Abrió la puerta de golpe. Y en efecto, allí estaba Rock Ambler.

Estaba allí, contemplándole. Por lo menos, eso le pareció a Slim. Así parecían demostrarlo aquellos ojos sin vida, dirigidos a la puerta por la que acababa de entrar. Allí, sentado en el amplio sillón, con la cabeza apoyada contra el alto respaldo, yacía Rock Ambler, muerto. Pero en su muerte no había intervenido para nada el alcohol. Ni había sufrido ataque alguno de «delirium tremens». La vida del viejo periodista se había escapado por aquel negro agujero, de fea boca, que tenía en la frente.

Convers quedóse clavado en el umbral como si una fuerza desconocida hubiera fijado sus pies al suelo. Ambler había sido algo más que un amigo para él. Por su diferencia de edad, bien podía decirse que casi había podido ser su padre, y las funciones de tal había desempeñado en varias ocasiones en la vida del ex agente del F. B. I.

Algunos de los triunfos que Slim consiguiera en su vida oficial era muy posible que no hubiera podido alcanzarlos sin los consejos de aquel hombre.

Haciendo un poderoso esfuerzo para sustraerse a la impresión, Slim abandonó el pequeño dormitorio y volvió al despacho. Esta habitación, principalmente, daba la impresión de haber sido registrada con una minuciosidad feroz. Y debían haberlo hecho a conciencia y con la seguridad de que no habían de ser interrumpidos en su macabra labor.

Los cajones de las mesas estaban por el suelo, vacíos y despanzurrados, seguramente en la absurda busca de algún cajón secreto. Igual efecto habían sufrido todos los demás objetos de la estancia.

Pasada la primera impresión por la muerte de su amigo, Convers volvió a ser el policía sereno y consciente. Lo examinó todo detenidamente, pero teniendo buen cuidado de que sus huellas no quedaran impresas en parte alguna. Pero a pesar de todos sus afanes, no pudo descubrir nada que le permitiera hacerse una idea de lo que buscarían allí los asesinos.

Luego volvió al dormitorio, y registró con igual minuciosidad las ropas del muerto, con idéntico resultado. Y dándose cuenta de lo peligroso que era para él la permanencia en el piso de Ambler, expuesto a ser descubierto por alguien que podría dar el grito de alarma contra él, dirigió una última mirada a su viejo amigo, y salió de la casa.

Hubiera deseado, más que nada en aquel momento, marcharse al lado de Fanny Ellison, tomar una taza de té a su lado, y después meterse en la cama y dormir muchas horas seguidas. Pero nada de esto podía hacer. Ni Fanny estaría despierta a aquellas horas ni dispuesta a perder unas horas de sueño para oírle a él, ni podía entregarse al descanso, a pesar de la fatiga

que sentía.

Pero, aparte de todo eso, deseaba como cosa primordial, para sentar los cimientos en que habían de apoyarse sus próximas actividades, conocer a fondo a su enemigo, al que él suponía su principal enemigo, a aquel Gene Flage, dueño y señor actualmente de su ex prometida y también del «night-club» Fyndi's, el centro del vicio y perversión del que emanaba toda la podredumbre que ensombrecía la ciudad.

Una media hora más tarde se encontraba contemplando, meditabundo, la fachada de la ostentosa sala de fiestas. No la conocía; no existía cuando a él le ocurriera aquello. Conociendo como había conocido aquella misma noche la residencia particular de Gene Flage, y a pesar de que no había pasado en ella del vestíbulo, se dijo que aun sin haber sabido quién era el propietario de Fyndi's lo hubiera averiguado inmediatamente.

Bastaba para ello echar una sencilla mirada al famoso centro de diversión. Todo era allí caro, recargado de espejos y dorados, de mármoles y enormes arañas de cristal. Era inútil buscar en Fyndi's la menor nota de sencillez. Por todas partes resaltaba el mal gusto de su propietario. Pero donde se apreciaba con más realce era en los llamativos uniformes de porteros y empleados, de colores vivos, con gran profusión de galones dorados.

Vaciló antes de entrar. No estaba muy seguro de que alguno de aquellos tipos con un ligero parecido en sus uniformes a los de los mariscales franceses de la época napoleónica, le permitiera entrar con su sencillo traje de franela gris, de corte un poco «demodée», y su gabardina de cuarenta dólares.

Pero entró. Y nadie le dijo nada. Todo lo contrario. Uno de aquellos «mariscales» le hizo una reverencia, y Slim lo miró, temeroso de que, al inclinarse, se le reventara la casaca.

En la sala, el lujo era todavía de mayor relumbrón; pero, en cambio, los camareros y empleados vestían el socorrido «smoking», a excepción del «maître», que lucía un largo frac. Lo primero que observó Slim era que las caras de todos ellos contrastaban notablemente con sus correctas y severas vestimentas. Hubieran estado mucho mejor con trajes corrientes, de confección barata, y todavía mejor con el uniforme a rayas horizontales que él había vestido durante seis años.

A pesar de lo avanzado de la hora, cerca de la una de la madrugada, la sala de baile estaba casi desierta. Solo cuatro o cinco mesas había ocupadas por algunos clientes, que miraban con un gesto de aburrimiento total las evoluciones de dos o tres parejas que danzaban en el centro de la pista.

En la barra, cuatro hombres sentados en altos taburetes ante sus vasos, conteniendo distintas bebidas, parecían entregados a dolorosas meditaciones.

Sin embargo, Slim se dio cuenta casi inmediatamente de que aquello era solamente una tapadera. Algo que debía servir únicamente para que lo viesen las autoridades de Stockton y salieran convencidas de que el Fyndi's era una casa seria. Tan seria y aburrida como el Centro de Experiencias Espiritistas de la ciudad.

La parte atractiva del «night-club» de Flage debía comenzar exactamente detrás de aquel tipo con cara de mastodonte y aire jaquetón que parecía adosado a una puerta, al fondo de la sala.

Slim pensó que aquel hombre se ganaba bien el sueldo que le debía dar Flage. No cesaba ni un solo instante de abrir la puerta misteriosa para que entraran o salieran clientes solitarios o en grupo, a los que saludaba con una sonrisa que hubiera asustado a cualquier niño mayorcito, haciéndole llorar a moco tendido o con un gruñido que tampoco le hubiese tranquilizado mucho.

Slim se acercó a la barra, y pidió un doble de «brandy». Mientras saboreaba el licor, pensaba a marchas forzadas en la forma más plausible de meter sus narices en la cueva de Alí-Babá guardada por el hercúleo cancerbero.

Estaba seguro de que intentarlo sencillamente, como fingiendo ser un habitual del Fyndi's, no iba a dar resultado alguno. Aquel cartelito que veía desde donde estaba, y que llevaba impresa la frase de ritual: «Reservado el derecho de admisión», era la prueba más evidente de que su intento fracasaría en cuanto lo intentara.

Una mujer, que con un gesto de cansancio y hastío evidente se sentó en una banqueta a su lado, llamó su atención. Debía ser, sin duda, una de las «animadoras», aunque Slim pensó que jamás había visto un rostro que reflejara con mayor verismo la necesidad de ser animada ella.

La mujer ni siquiera le miró. Si su misión en aquella casa era la de atraer clientes, resultaba que aquella noche, por lo menos, debía haberse declarado en huelga.

—¿Me permite que la convide?

—Gracias —respondió, poniendo en él una mirada distraída—. Me parece que no se lo voy a permitir. Esta noche no tengo humor para nada.

—Como usted guste —insistió Slim—. No he visto en mi vida nada más parecido a una funeraria que este «cabaret» o lo que sea. Voy a ver si encuentro por ahí algo que sea un poco más alegre.

Sacó del bolsillo uno de los billetes de mil dólares que le entregara horas antes Cush Mitchael, como anticipo. Llamó al «barman», mientras miraba de soslayo a la mujer para observar su reacción.

Esta no se hizo esperar. El gesto de cansancio desapareció de su rostro; la mueca de hastío se transformó en una sonrisa, que ella creía fascinadora. Pero lo que no pudo lograr la vista del billete de mil dólares, fue borrar de

sus ojos la expresión de frío cálculo que desde el principio había causado en Slim una impresión de desagrado. Pero no lo demostró. Sin mirar casi a la mujer, y, dirigiéndose más bien al «barman», le dijo:

—Cóbrese y dígame sí hay en este maldito pueblo algún verdadero lugar de diversión. Hace más de seis meses que estoy metido allá en las minas, y tengo verdaderas ganas de pasar una noche en compañía de alguna muchacha bonita y alegre.

—¿Es que yo no le sirvo para eso? —preguntó ella, sin poderse contener.

Slim la miró otra vez a la cara, y fingió examinarla con atención.

—No está del todo mal —dijo, con acento un poco despectivo—. Pero me ha dicho antes que estaba aburrida, y tiene una cara de sueño que asusta. Y la mujer que venga conmigo esta noche en lo que menos ha de pensar es en dormir.

Ella no se ofendió por las palabras de Slim ni por su tono. Como si ya hubiera sido aceptada por compañera para aquella noche, pidió al «barman» un vaso de «whisky», se cogió del brazo de Slim y, con todo el mimo de que era capaz, le dijo:

—Es inútil que nos vayamos de Fyndi's. No hay nada mejor en Stockton para pasar una buena noche. Te lo aseguro —le tuteó—. Para empezar, vamos a tentar la suerte, ¿te parece? Nada de particular tendría que ese billete se transformase en unos cuantos iguales.

Arrastró a Slim hacía la puerta tan celosamente guardada por el mastodonte. Y Convers empezó a sorprenderse. El guardián no puso inconveniente alguno a que él pasara al santuario del juego, pero intentó oponerse a que lo hiciera la mujer.

—Tú no puedes pasar, Joan. El patrón lo ha dispuesto así. Anoche, un cliente se quejó de que le ganaste con trampas.

La mujer parecía desolada. Suplicó al tipo:

—No es cierto, Jeff —y ante el gesto decidido del hombre—: ¡Para una vez que consigo venir con un millonario! Anda, querido —añadió—, enséñale a Jeff uno de esos papelotes.

Slim, poniendo una cara de primo que asustaba, sacó de su bolsillo un abultado rollo de billetes, y se lo mostró al tipo. Este vaciló. La orden recibida era prohibir el paso de la muchacha, pero si esta iba acompañada de un individuo que llevaba los billetes por resmas, la cosa variaba por completo. Si se enteraban de que no había dejado pasar a un primo de aquella categoría, podía despedirse del empleo, y probablemente no se conformarían con el despido, sino que le darían una «somanta», que era la clase de indemnización de despido que solía dar el patrón.

—Bueno, pasen —masculló entre dientes—; pero cuidado con lo que haces, Joan, o tendrás que arrepentirte.

Los consejos cesaron al suave contacto de un billete de cien dólares que Slim le puso en la mano. Y la pareja pudo pasar sin más inconvenientes. El contraste que ofrecía el templo del azar con la sala exterior era notable. El espacioso salón estaba completamente lleno de gente distinguida al primer golpe de vista. Y si no era distinguida, por lo menos vestía bien, y se agolpaba a un enorme número de mesas, representación de las muchas clases de entretenimientos idiotas que unos hombres han inventado para que otros, más idiotas que los entretenimientos mencionados, pierdan estúpidamente los cuartos.

La mujer, sin soltar del brazo a Slim, intentó arrastrarlo a una de aquellas mesas, pero sin éxito. Convers la cogió bonitamente el brazo y se desprendió de ella, al tiempo que le alargaba otro billete de cien.

—Toma, ricura. Juégate esos «pavos», si eres tan imbécil como para hacerlo. Yo voy a dar una vuelta. No eres mi tipo.

La dejó en medio de la sala, sin oír las cosas que la mujer decía. Y en eso hizo bien, porque, de haber intentado oírlas, se hubiera alarmado al oír lo malparada que salía toda su familia.

Cambió unos billetes por fichas, y con gesto despreocupado se acercó a la mesa de ruleta. Había visto en ella a Cush Mitchael. Tenía el fracasado asesino un regular montoncito de fichas delante de sus narices, pero su rostro indicaba bien a las claras que el montoncito debía de haber sido mucho mayor.

Apostó Slim unas cuantas veces, siempre a lo contrario que lo hacía Cush; es decir, si este jugaba a pares, él lo hacía a nones, y si apostaba a colorado, Slim lo hacía a negro. Eran los dos únicos puntos. Los demás solo estaban de mirones, y Slim comprendió que se trataba de una especie de duelo entre Cush y la casa.

Aquello le extrañó. Hasta entonces, a pesar de las afirmaciones de Cush en contrario, había creído que no pasaba de ser más que un pistolero a las órdenes de Gene Flage, pero empezaba a suponer que se había equivocado.

Sabía que en la extraña y no escrita reglamentación que impera en las salas de juego no era correcto lo que estaba haciendo. Cuando se entabla un duelo entre la casa y uno de los puntos, se les debe dejar solos, y está mal visto que nadie se aproveche de la ventaja que significa jugar contra el que va perdiendo. Pero eso era precisamente lo que él deseaba: llamar la atención con su actitud. Y lo logró. Alguien, a su espalda, le dijo en voz baja:

—No es costumbre intervenir en esta clase de juegos entre dos —dijo—. No debe usted aprovecharse de ello para ganar. Es peligroso además.

Miró al que le había hablado. Lo calificó inmediatamente como uno de los «inspectores» de la casa. Y se lo confirmó además el bulto que deformaba ligeramente la línea de su traje, precisamente debajo del brazo

izquierdo.

En voz baja respondió al que le había aconsejado:

—Métase en lo que le importe, hermano. No hay reglamento alguno que prohíba lo que estoy haciendo. Además, mi dinero es mío y lo pongo donde quiero.

Volvió la mirada al tapete verde sin hacer caso del tipo. Acababa, de ganar otra vez, mientras que Cush veía disminuir el montoncito de, fichas de forma lamentable. Cuando desapareció definitivamente, Slim contó sus ganancias. No había jugado fuerte, y, no obstante, contó mil quinientos dólares de beneficio.

Miró hacia donde se encontraba Cush y alcanzó a verle en el momento en que abría la puerta que daba a la sala de baile. Hizo ademán de seguirle cuando el sonido de una voz le hizo arrugar el ceño y volverse rápidamente.

No lo hizo para intentar averiguar a quién pertenecía aquella voz. Lo sabía de sobra. Estaba sentada en, el centro, ante una mesa de ruleta, y en sus blancas y cuidadas manos, aquellas manos que le enseñara poco antes para decirle que no pensaba estropeárselas fregando suelos, empuñaba un mazo de naipes.

Parecía presidir aquella mesa en la que se agrupaban varias conocidas personalidades de Stockton, acompañadas por sus esposas. Pero no aparentaba estar muy divertida. Se hallaba situada frente a él, de modo que era casi imposible que no le hubiese visto; pero si era así, hacía cuanto podía hacer para no fijar sus ojos en él.

—Por favor, señor, ¿quiere acompañarme a la dirección?

Reconoció La voz. Era la misma que momentos antes le había llamado la atención sobre su juego. Y se imaginó inmediatamente lo que iba a ocurrir.

—Ahora no puedo —respondió—. Ya iré después.

—Le agradeceré que lo haga ahora mismo.

No tuvo más remedio que acceder a la amable invitación. Sobre todo porque esta se apoyaba en una cosa dura que, a su vez, apoyábase en sus riñones.

—Está bien. No puedo negarme a acceder a una invitación hecha con tanta amabilidad. Pero le ruego que no me haga cosquillas en la espalda. Soy muy nervioso.



*Slim pudo ver reflejado en un espejo el rostro
de Grace.*

Antes de salir de la sala de juego, Slim pudo ver reflejado en un espejo el rostro de Grace. Los miraba atentamente, a él y a su acompañante, y a Convers no se le escapó su gesto de preocupación.



**TODOS COLECCIONAN LOS CROMOS DEL
F. B. I.**

que presentan la perfecta organización policiaca del
Federal Bureau of Investigation.

**¡ADQUIERE EN LOS BUENOS QUIOSCOS
SOBRES — con tres cromos — por 30 céntimos!**

VIII



N la habitación a dónde le llevaron había tres personas, sin contarles a ellos dos. Pero la atención de Slim concentróse inmediatamente en el hombre que ocupaba un sillón tras de una mesa-ministro. Tenía ante sus ojos a Gene Flage. Al hombre desconocido para él, del que solo recordaba que era un industrial de poca monta cuando se vio obligado a abandonar Stockton, y que a la vuelta de seis años se había transformado, a juzgar por sus informes, en el mandamás de la ciudad.

Tenía unos cincuenta años, y, además, debía tener una magnífica úlcera de estómago, a juzgar por su gesto y su color. Debía ser alto, y vestía con soltura un bien cortado «smoking».

—Buenas noches, míster Convers —dijo con voz suave y bien modulada—. Creo que ya nos hemos visto antes.

—En efecto. Nos hemos visto. Por cierto que entonces usted no era un hombre tan importante como ahora.

—Exacto. El importante era usted. Nada menos que el representante del F. B. I. en Stockton. ¡Las vueltas que da el mundo! Ahora yo he ascendido en categoría, mientras que usted...

—Supongo que no me habrá llamado para recordar tiempos pasados —interrumpió Slim—. Estaba muy entretenido, muy ocupado en realidad, cuando me mandó a su criado.

Esta expresión no debió ser muy del agrado del hombre que lo había llevado hasta allí, porque Slim oyó a su espalda un gruñido amenazador. Y no pudo dejar de sonreír para sus adentros. Aquel hombre parecía estar condenado a hablarle siempre a sus espaldas.

La suave y cultivada voz de Flage adquirió de pronto una dureza

inusitada. Hablaba con excesiva seriedad, sin gestos innecesarios.

—Ha estado usted aprovechándose de una especial situación para robar el dinero a la casa —dijo.

—Esa expresión es excesivamente dura, míster Flage —repuso Slim, con evidente ironía—. Yo me he limitado a jugar en un lugar público y he ganado. Ahora bien, pensándolo con justicia, es muy posible que sea algo desacostumbrado ganar en esta casa. Lamento infinito que no sepa usted perder, míster Flage. A sus clientes debe pasarles lo contrario.

Los tres guardaespaldas de Flage miraban ávidamente a su jefe. No podían comprender cómo este no les había dado ya la orden que esperaban. La que otras veces había sido dada con muchísimos menos motivos. Y Slim, a pesar de su aparente tranquilidad, se sentía inquieto. No podían tardar aquellos miserables en pasar a la acción.

—Déjese de ironías y baladronadas, Convers. Además, no es usted cliente de la casa, sino un tipo sin escrúpulos. Pero me pilla usted en un momento de debilidad. Devuelva sus ganancias. Mis hombres le acompañarán hasta la puerta, y usted procurará en lo sucesivo no aparecer por aquí. Es una proposición muy ventajosa para usted. Tiene un minuto de tiempo para decidir.

Parecía que todo estaba dicho después de las terminantes palabras de Flage. El ex agente no tenía más que dejar sobre la mesa los mil quinientos dólares ganados y marcharse, esperando a mejor ocasión. Pero a Slim, que le importaban bien poco aquellos dólares, le interesaba en grado sumo exacerbar a Flage, hacer que este le diera un pretexto para pasar a la acción.

No se le ocultaba que al final de cuentas le tocaría llevar la peor parte, pero se prometía dar un escándalo tan grande que no pudiera Flage, con todo su dominio en la ciudad, evitar que la Prensa aireara las interioridades de su club.

—No pienso devolver ni un solo centavo, Flage —exclamó en el mismo tono de voz, tranquilo y frío—. He ganado ese dinero y es mío. Esté seguro que de haberlo perdido no hubiese venido a reclamarlo.

—Lo siento, Convers. Créame que lo siento, pero me pone en una tesitura que no podré evitar lo que va a ocurrir.

—No ocurrirá nada, Flage. Yo me marcharé tranquilamente a mi casa por el mismo camino que empleé para venir. Nada más.

—¡A propósito! —exclamó Flage—. ¿Cómo ha entrado en la sala de juego?

Convers no se creyó en la necesidad de evitar un conflicto al portero. Todo lo que fuera sembrar la discordia entre aquella gentuza había de redundar en su propio beneficio a la larga.

—Por donde todo el mundo. Por la puerta. No hay portero que resista la atracción de un billete de cien dólares.

Se hizo un silencio sepulcral. Los guardaespaldas, compañeros seguramente del portero, se miraron con cierra intranquilidad. Flage parecía entregado a no muy agradables meditaciones, y Convers creyó llegado el momento de tirarse un farol.

—Bueno. Satisfecha la curiosidad que sentía, creo que esta conversación no debe prolongarse más. Buenas noches, míster Flage.

Dio media vuelta lentamente y con un gesto distraído metió su mano derecha en el bolsillo del pantalón. La reacción de los guardaespaldas, por lo exacta y unánime, fue digna de una escena de ballet. Los tres tipos sacaron sus revólveres y apuntaron a la tripa del ex agente. Fue un movimiento mecánico, frío. Convers vio en los ojos de los tres individuos la misma resolución de matar, y gruesas gotas de sudor le corrieron por la frente, aunque aparentemente no perdió su burlona tranquilidad.

—Por lo que veo —dijo—, esta escena la tenéis perfectamente ensayada. Seguramente la hacéis todas las noches con los que tengan la desgracia de ganar.

Uno de los asesinos se acercó a él y con ligereza, que evidenciaba una larga práctica le quitó el rollo de billetes y la pistola. Convers, mientras tanto, examinaba con ojos atentos el momento de poder actuar. Desgraciadamente para él, no encontró resquicio alguno que se lo permitiera.

—Coge los mil quinientos y devuélvele el resto, Lucky —ordenó Flage—. Y usted, Convers, lárguese de aquí y no vuelva más. No intente acercarse a nada que sea mío: cosas o personas.

Esta última palabra produjo en Convers mucho peor efecto que todas cuantas había tenido que escuchar de labios del bandido. Con voz que era una amenaza latente, preguntó:

—¿Qué quiere decir, Flage?

El dueño del Fyndi's, que no se había movido ni un solo instante de su sillón, sonrió despectivamente.

—Cuando elija mujer, que sea una que quiera conformarse con sus mezquinos ingresos.

Sin pensar en las consecuencias de su acto, Convers, olvidándose de todo, dio un salto de felino y se arrojó contra Flage, dispuesto a cogerlo por el cuello y hacerle tragarse aquellas palabras. No lo logró. A pesar de su aparente despreocupación, Flage estaba preparado para algo parecido. En su mano derecha apareció un rompecabezas, una porra de plomo recubierta de calicho, y con insospechada fuerza la descargó sobre la cabeza de Slim.

Fue una suerte para este recibir el golpe que le dejó aturdido. Ello evitó que los guardaespaldas de Flage dispararan contra él como hubiera ocurrido de poder repetir su acometida.

Intentó incorporarse lentamente, y de nuevo volvió a batirse bajo una

lluvia de golpes que los tres asesinos le asestaban con las culatas de sus pistolas. Medio cegado, extendió los brazos, tratando de atrapar a Flage, pero este se había retirado prudentemente y contemplaba la caída de Convers, desvanecido, desde un rincón de su lujoso despacho.

Cuando volvió en sí, su primer gesto fue palparse cuidadosamente la cabeza. Le dolía horriblemente y no se daba cuenta exacta de las causas del dolor ni del sitio donde se hallaba.

Conforme iba contando al tacto las infinitas y anormales protuberancias de su cráneo, volvió a su mente la escena de la riña con los guardianes de Flage... No sabía de qué extrañarse más, si de la tontería que había cometido provocando una contienda en las condiciones de inferioridad en que se encontraba con respecto a Flage o de que después de lo ocurrido le hubieran dejado con vida.

—¿Está mejor?

La antipática voz de su enemigo produjo el efecto de un revulsivo. Se inclinó con ligereza sin hacer caso del dolor espantoso que sentía. Y poniéndose en pie avanzó hacia donde sonara la voz. No estaban en el despacho, sino en un gabinete amueblado con menos oropel de lo que era de esperar tratándose de una propiedad de Flage.

Este estaba junto a una ventana cerrada. En su voz no había la menor entonación colérica o de amenaza.

—No haga más tonterías, Convers. Quédese dónde está. No podrá nada contra mí. Un solo paso más y terminará para usted todo.

Convers obedeció. Era evidente que en el estado en que se encontraba nada podría hacer contra Flage. Volvió a sentarse en el diván.

—¡Buen chico! —sonó la odiada voz—. Descanse un poco y luego podrá marcharse a su casa. Siento lo ocurrido —añadió—, pero no puedo permitir en mi casa cosas como las que usted ha querido hacer esta noche. Sería un mal precedente. Pero debe reconocer que usted tiene gran culpa en lo que ha ocurrido. De no haber iniciado esa estúpida agresión contra mí, ya estaría en la calle, sin esas molestias que debe sentir.

—No he permitido nunca que me roben, sin intentar defenderme.

—Bien. Paso por alto esa fea expresión. Puede marcharse en cuanto se encuentre en estado de hacerlo. Se lleva usted todo su dinero, incluso esos mil quinientos dólares. Pero no intente volver. Su presencia no me es grata.

Slim se levantó. En su fuero interno estaba verdaderamente asombrado. No podía explicarse que un hombre como Flage, si los informes que de él tenía eran ciertos, le dejara escapar sencillamente de aquella encerrona. Todavía le asombró más comprobar la verdad de las palabras de Flage. Tenía en sus bolsillos todo su dinero y los mil quinientos dólares. Lo tenía todo... menos su pistola. No era suya, en realidad, sino la que había quitado a Cush al intentar agredirle aquella misma noche.

Flage había llamado a uno de sus hombres y le dio orden de acompañar hasta la puerta de la calle al ex agente.

—Me falta mi pistola —pidió Convers.

—No diga cosas raras, Convers. Los licenciados de presidio no pueden llevar armas. Parece mentira que usted no recuerde la Ley Sullivan. Seguramente debe haber soñado.

Convers comprendió que había perdido otro tanto en aquella jugada. Procurando pisar con firmeza salió de la habitación tras del lacayo de Flage sin dirigirle a este ni una palabra de despedida. Pero no le hicieron salir por la misma puerta que había empleado para entrar, sino que le abrieron una puertecilla de, servicio, a espaldas del edificio, que daba a una calleja solitaria y mal iluminada.

Convers miró a ambos lados receloso, temiendo que Flage le preparara allí alguna encerrona; que por causas bien explicable no hubiese querido que lo eliminaran dentro del club, donde algún cliente podría haberse dado cuenta de que ocurría algo anormal y lo aplazara hasta que estuviese fuera del establecimiento.

Pero pronto desechó tal idea. Flage, a juzgar por lo que había visto y oído, no era torpe. De tramar algo contra él no sería en un lugar tan próximo a su negocio. Aunque no se lo achacaran a él, un asesinato a las puertas del Fyndi's era una clase de publicidad que no debía entrar en los cálculos del dueño de Grace.

¡El dueño de Grace! ¿Lo sería en realidad? Cuanto más pensaba en lo ocurrido en aquellas últimas dos horas menos acertaba a comprender la actitud de Flage. No consideraba a este como hombre capaz de detenerse en miramientos. Durante su entrevista en su despacho había mantenido una actitud correcta, casi amable, impropia de un hombre como él.

Más bien parecía que obraba de aquella forma obedeciendo a otra persona por encima de él en la organización que por voluntad propia. Las palabras correctas, educadas, eran desmentidas por sus miradas amenazadoras. No cabía otra explicación al extraño comportamiento de Flage. Cumplía órdenes superiores.

Cuando más pensaba en todo lo ocurrido, Convers, menos se lo explicaba. Y terminó por desistir de comprenderlo. Al menos aquella noche. Lo que le hacía falta eran ocho o diez horas de sueño. Un blando y limpio lecho como el que seguramente le tendría preparado en su casa Fanny Ellison. Lo demás podía esperar. Tendría que esperar a una segunda visita al Fyndi's. Porque estaba decidido a hacer una nueva visita, aun contra los consejos de Flage.

Si este creía que desistiría de meter las narices en lo que ocurría en la trastienda de su «night-club», era que no conocía a Convers. O quien le hubiera informado le había engañado miserablemente.

Aligeró el paso. Hacía frío, y cada vez era más acuciante el deseo de extender su dolorido cuerpo entre unas frescas y bien clientes sábanas. Estaba decidido. Ya eran demasiadas aventuras para las veinticuatro horas escasas que llevaba en Stockton. A la mañana siguiente continuaría sus gestiones, intentando averiguar algo sobre la muerte de Rock Ambler. ¿Habría llegado ya a conocimiento de la Policía local la noticia de su asesinato? ¿Tendría alguna relación el trágico fin de su viejo amigo con la llegada de él a Stockton?

Eran dos preguntas a las que se dijo que no podría hallar respuesta hasta el próximo día, si es que las encontraba. Pero en esto sufría Convers una seria y lamentable equivocación.

Cuando volvió la esquina de la calle en donde se encontraba la casa de Fanny Ellison, su casa en Stockton, se detuvo como contenido por una mano gigantesca. A la puerta de la casa, a pesar de lo avanzado de la hora, se agrupaban quince o veinte personas, que miraban con curiosidad a dos guardias de plantón en la entrada.

Dos coches policiales estaban detenidos ante el bordillo de la acera. El primer impulso de Slim Convers fue correr decididamente a averiguar qué era lo que ocurría; pero su instinto le obligó a detenerse y pensar antes.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

IX



NMEDIATAMENTE, una sospecha vehemente se apoderó de él. Dio media vuelta rápido y desanduvo el camino recorrido hasta encontrar una farmacia abierta. Pidió que le sirvieran un refresco, y mientras que lo hacían entró en la cabina telefónica. Marcó apresuradamente el número de Fanny Ellison, y es pero a que contestaran. No fue la viuda la que respondió. A pesar de que hacía más de seis años que no la oía, reconoció la voz inmediatamente y colgó el auricular sin abrir la boca. Lo que menos deseaba en aquel momento era hablar con el teniente Dunn, de la Policía de Stockton.

Aunque Convers había dejado buenos amigos entre la Policía local, en el número de estos no se contaba precisamente Clifton Dunn. ¿Qué hacía este funcionario policial a aquellas horas de la madrugada en casa de Fanny Ellison? Evidentemente no se trataba de una visita de cortesía. La respuesta a la pregunta se presentó a la vista de Convers con claridad meridiana. La visita no estaba destinada a la simpática y bella viudita, sino a él.

Y la hora de efectuarla, junto con el aparato con que la rodeaba, demostraba que se trataba de una visita oficial y con una finalidad que saltaba a la vista. Por algo que no podía explicarse, Dunn quería detenerle. ¿Qué no podría explicarse? Claro que sí. La cosa estaba clara como el agua.

Ahora comprendía perfectamente todo lo ocurrido en el Fyndi's. Con su amabilidad, con su fingida corrección y su falsa bondad, Flage solo había querido ganar tiempo. Mientras que él estuvo desvanecido a causa de los golpes dados por sus asesinos a sueldo, Flage estuvo preparando el lazo en el que debería caer. Y aquel lazo no podría ser otro que el de intentar

cargarle con la muerte de Rock Ambler.

Había pagado sin haberlo probado el refresco que pidiera en la farmacia, y se había alejado de aquellos lugares. Se sentía furioso consigo mismo. Había valorado equivocadamente la inteligencia de Flage. Y ahora se veía en una situación apuradísima. Era muy difícil, casi imposible, que hallara en Stockton un lugar donde refugiarse. Nadie se atrevería a albergarle, y era evidente que a casa de Fanny no podía volver.

A pesar de todo, había algo en todo aquello que no dejaba de halagarle. Estaba perfectamente claro que su regreso a Stockton había sembrado la inquietud en Flage y su «clan». Y esa inquietud se reflejaba en sus esfuerzos para eliminarle fuera como fuera.

No podía asegurar con exactitud que trataran de cargarle la muerte de Rock Ambler. Aquello solo era una suposición, pero una suposición que debía aproximarse mucho a la verdad. No tendría nada de extraño que mientras que estuvo inconsciente en poder de Flage alguno de los secuaces de este hubiera dejado en la habitación del asesinado algún objeto suyo, y esto, unido a sus huellas, que seguramente encontraría la Policía, y que evidenciaban que había estado en casa de Ambler, serían lo suficiente para montar el escenario que había de provocar su definitiva ruina.

Pero en lo que Flage no había debido caer era en la no muy brillante inteligencia del teniente Dunn. ¿Cómo era posible que creyera semejante gagnápiro que iba a dejarse coger con aquel aparato empleado para detenerle? ¿O era que Dunn, en su afán de servir a Flage, había extremado su impaciencia adelantándose a su llegada a casa de Fanny?

Seguramente esto era lo más probable, a no ser que Dunn fuera más bruto de lo que Convers suponía. Pero no era momento de entregarse a divagaciones. Lo inmediato, lo que no admitía demora alguna era encontrar un sitio donde refugiarse, desde el que poder continuar su plan de acción contra toda aquella trailla de asesinos y funcionarios venales.

La solución se le ocurrió cuando se dio cuenta del lugar en que se hallaba. Era en las afueras de Stockton, y con más exactitud todavía en las proximidades de la carretera a Antioch, Oakland y San Francisco. Las primeras luces del alba teñían de rosa el horizonte, y el tránsito de coches y camiones comenzaba a iniciarse con cierta intensidad.

Todo se reducía a abandonar Stockton por unos días, los precisos para sembrar la incertidumbre entre sus enemigos, haciéndoles suponer que huía ante el peligro, y los necesarios para forjarse un plan de acción definitivo y buscar los apoyos que seguramente necesitaría.

Claro que era muy posible que estos apoyos le fallaran, y también que corría el riesgo de ser detenido en el camino. Pero o él no conocía bien al teniente Dunn, o el «digno» teniente de la Policía de Stockton había cultivado extraordinariamente su inteligencia desde que no lo veía. Lo más

probable era que Dunn, convencido de que Flage le había servido a Convers en bandeja, no se hubiera molestado en cerrar las salidas de la ciudad, y; por otra parte, ni él ni Flage se atrevieran a interesar de los otros Estados su detención. Sabrían que de no efectuarse esta en el mismo Stockton, la cosa no les saldría tan bien como ellos deseaban.

No tardó en hallar lo que buscaba. Un enorme camión de carga salía de la ciudad en dirección a Oakland o San Francisco. Slim pidió a Dios que el conductor no estuviera muy al corriente de las cosas de Stockton, particularmente de los acontecimientos ocurridos durante la noche última. Pero en todo caso, aunque lo estuviese, si quería llevar a cabo su plan era imprescindible arriesgarse.

Tuvo bastante suerte. Y no porque el chófer fuera un desconocido precisamente, sino todo lo contrario. Conocía todo cuanto pasaba en Stockton, estaba enterado de quién era Flage y cuáles sus procedimientos, y no sentía la menor simpatía hacia el teniente Clifton Dunn.

En cuanto vio a Slim detenido en el centro de la carretera, en la clásica posición de los que recurren al socorrido «autostop», apretó los frenos, aminorando la marcha hasta pararse completamente. Y con gran sorpresa de Convers, sin que este hiciera la menor demostración de lo que deseaba, invitó:

—Suba usted enseguida, señor Convers.

—¿Me conoces, muchacho?

—No solamente le conozco, sino que sé cuánto han hecho con usted Y estoy deseando que le ajuste las cuentas a ese cerdo de Flage y sus compinches.

Convers le miró un poco receloso. La verdad era que él mismo estaba convencido de que a excepción de Fanny Ellison y el pobre Rock Ambler no contaba en Stockton con un solo amigo, y aquella opinión del conductor le extrañó extraordinariamente, haciéndole ponerse en guardia. Poniéndose en lo peor y conociendo la inteligencia de Flage, llegó a suponer si el chófer no sería uno de sus hombres dispuesto a tenderle un lazo.

—Es natural que le extrañen mis palabras —habló el hombre como si hubiera leído los pensamientos de Convers—. Somos bastantes en Stockton los que estamos hasta la mismísima coronilla de Flage y sus pistoleros. Pero, ¡qué quiere usted! somos unos verdaderos borreguitos. Estamos completamente asustados, y no nos atrevemos a demostrar nuestras simpatías. Lo hicieron dos o tres valientes y les costó el pellejo.

—Siendo así, ¿cómo se atreve usted a hacerlo ahora?

—¡Oh, ahora es distinto! Ya no estamos en la ciudad. Cuando salgo de ella me siento otro hombre. Hasta parece que respiro mejor.

Aunque no completamente convencido por las razones del chófer, Slim se sintió más tranquilizado. Después de todo era muy probable que en

Stockton quedaran todavía algunas personas decentes que, dominadas por el terror, no se atrevieran a hablar.

Conforme avanzaba hacia Oakland sin que ocurriera la celada que Convers había llegado a imaginar, el ex agente se sentía más inclinado a dar fe a las palabras del chófer, y se la concedió absolutamente cuando este le dejó completamente indemne en las afueras de San Francisco.

Se despidió de él con un enérgico apretón de manos, y daban las doce del día cuando hizo su entrada en la sede del Federal Bureau of Investigation en Frisen.

Su rostro reflejaba preocupación. Aunque no tuviera gran importancia para el asunto que llevaba entre manos, le interesaba sobre manera la acogida que le hicieran sus antiguos compañeros. Hubo de todo, como suele ocurrir. Algunos pasaron por su lado fingiendo no conocerle siquiera. Otros se limitaron a saludarle con una fría inclinación de cabeza. Pero los más le saludaron con afecto, cariñosamente, y este recibimiento compensó con creces la amargura que los otros le produjeran.

Por fin pudo llegar hasta el despacho del agente Forbes, secretario del inspector jefe Tracy. La acogida de Forbes fue correcta: ni excesivamente cariñosa ni decepcionantemente fría. Solamente al comunicarle su deseo de ver al inspector Tracy se creyó en el deber de aconsejar.

—Mire, Convers: yo, en su caso, no lo intentaría. Cuando le ocurrió aquello, el jefe no lo quiso creer. Se puso furioso contra todos diciendo que era imposible que un hombre a sus órdenes fuera un...

—Asesino. No vacile en pronunciar la palabra. El jefe siempre tuvo mucho olfato.

—Bien —terminó Forbes, encogiéndose de hombros—. Pero cuando fue usted condenado, la furia del jefe se volvió contra usted. Decía cosas tremendas, que no creo haya olvidado a pesar del tiempo transcurrido.

—Bueno, Forbes, gracias por su consejo. Pero a pesar de ello insisto en mi deseo de ver a míster Tracy. Si va a alegrarse o no de verme, eso es cosa mía.

El secretario se levantó de su asiento haciendo un gesto, como queriendo decir con él que declinaba toda responsabilidad de lo que pudiera ocurrir. Entró en el despacho de Tracy y salió a los pocos segundos.

—Prepárese a oír cosas poco agradables, Convers. Por lo menos si le dice lo mismo que me ha dicho a mí —y señalando con un gesto la puerta del despacho del inspector, invitó a Convers a pasar—. Adelante. Usted se lo ha buscado.

Richard Tracy estaba sentado ante una mesa de despacho abarrotada de papeles, fichas, teléfonos y cien mil cosas más. Contra la luz del ventanal, destacábase su rostro, de líneas rectas, enérgicas, como talladas a golpes de hacha. Clavó su mirada fría y dura sobre el ex agente, que ya estaba

pensando si no habría cometido una tontería desoyendo el consejo de Forbes.

El inspector Tracy no gozaba de una excepcional admiración entre sus subordinados. Sus admirables dotes de mando, su inteligencia clara, su proceder recto hasta la severidad, pero justo, se veían empañados por su brusquedad en el trato. Todos, incluso los agentes más allegados a él, le admiraban, pero le temían.

Por un momento a Convers se le ocurrió pensar que había mucha afinidad entre su forma de proceder y la del inspector Tracy. Él, con su dureza excesiva y su trato brusco, tampoco había sabido captarse simpatías en Stockton, ni siquiera entre las personas decentes, que lo calificaban de crueldad y malos modos.

Pasaron unos segundos en silencio, segundos que a Convers le parecieron interminables; pero no se atrevía a romper el silencio conociendo como conocía el mal genio del inspector.

—Jamás creí que un expulsado del F. B. I. se atreviera a pisar estos suelos sin que nadie le llamara.

Su voz era fría y afilada, y Convers llegó a creer que era un puñal que se le clavaba muy hondo. Hizo un esfuerzo supremo para no dar media vuelta y marcharse de allí sin abrir la boca. Por fin, venciendo este necio impulso, habló. Y lo hizo con voz segura y enérgica, aunque respetuosa.

—He venido porque considero deber mío ponerle al corriente de lo que ocurre en Stockton.

—¿Por qué no ha hablado a la Policía local?

Convers no ignoraba que Tracy era extremadamente legalista y que jamás daría un paso que pudiera parecer siquiera una intromisión en asuntos que no incumbían al F. B... I., pero tampoco desconocía que una vez seguro de que el terreno que pisaba era el suyo, no dejaba a nadie, por alto que fuera, que interviniera en casos de su competencia.

—No es posible, señor —dijo—. Tengo mis temores de que la Policía local, su jefe, mejor dicho, no esté a la altura que le corresponde.

Y sin esperar a más preguntas, Slim Convers hizo un relato exacto de la situación, tal y como se presentaba actualmente en Stockton, teniendo mucho cuidado en no resaltar mucho su actuación personal, pero recargando las tintas en la muerte de Rock Ambler, amigo y lejano pariente del propio inspector.

Cuando llegó a este extremo, la mirada de Tracy se endureció más si cabe, y su mano se crispó sobre el brazo del sillón en que se apoyaba. Sabía que Ambler era íntimo amigo del agente, y le había oído más de una vez, después de la condena de Convers despotricando contra lo ocurrido, calificándolo de injusticia manifiesta y diciendo a quién quiso oírle que todas las autoridades de Stockton estaban vendidas al oro de Gene Flage.

El mismo, el propio Tracy, tuvo una entrevista muy violenta con él y terminó por hacerle salir de su despacho.

—No sé quién ha asesinado a Ambler, señor, aunque lo sospecho. Pero estoy decidido a averiguarlo cueste lo que cueste. Y a hacer justicia. Y si ello implica que tenga que volver a presidio; volveré. Eso era solamente lo que quería decirle.

—¿Sabe lo que puede ocurrirle por hablarme de ese modo?

—Desgraciadamente, no soy su subordinado, señor —respondió Slim, cada vez más sereno—. No he amenazado a nadie concretamente, ni pienso tomarme la justicia por mi mano, si es eso lo que usted teme. Pero haré cuanto pueda para desenmascarar al asesino de Ambler y llevarlo ante las autoridades. Y cuando lo consiga puede usted asegurar de que lo haré tan cargado de pruebas, que será difícil que la Justicia se equivoque otra vez.

Él inspector Tracy dio un respingo al escuchar la alusión. Miró a su ex subordinado como si fuera a devorarlo, aunque Slim tuvo la impresión de que aquella mirada, a pesar de todo, no contenía la misma dureza que la que le dirigió al hacer su entrada en el despacho.

—Está bien. Me informaré exactamente para asegurarme de si procede o no nuestra intervención. Entre tanto, usted, Convers, absténgase de intervenir. Esto no es cosa suya.

—Siento mucho no poder complacerle, señor. Disiento de esa opinión. El asunto me concierne directamente. Pienso demostrar que no fui yo quien mató a Steve Mitchael.

Y diciendo esto, Slim Convers, ex agente especial del F. B. I., dio media vuelta y abandonó el despacho de su antiguo jefe con dignidad.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

X



ONVERS salió del despacho del inspector Tracy convencido de que su entrevista obtendría frutos que no dejaban entrever la sequedad de la recepción hecha por el inspector jefe.

Conocía a este lo suficientemente bien para no saber que allá en el fondo de su pecho tenía clavada la espina de una duda acerca de la culpabilidad de Convers en la muerte de Steve Mitchael. En caso contrario, el viejo inspector no solo se hubiera negado a cambiar la menor palabra con él, sino que habría ordenado que fuera puesto de patitas en la calle, y hasta lo hubiese hecho personalmente.

No dudaba Slim de que la información que Tracy le ofreciera abrir no se reduciría solamente a eso, a desempolvar su expediente, tomar nuevas declaraciones a antiguos testigos, obligándoles a reconocer que habían incurrido en perjurio declarando falsedades.

Nada de eso. Tracy no se limitaría a desarchivar vejece. Todo eso implicaría un procedimiento lento, moroso y probablemente condenado al fracaso, en el problemático caso de que las autoridades accedieran a una revisión del proceso.

Lo que se imponía era la acción directa. Buscar otras bases a la luz de los nuevos acontecimientos. Y, sobre todo, encontrar al verdadero asesino. Esa sería la nueva, la única prueba que llevaría adicionada la rehabilitación

fulminante de Slim Convers.

Era cierto que este conocía bien a su ex jefe. Cuando Slim salió de su despacho, el inspector jefe hizo llevar a su mesa de trabajo el expediente que en su día se incoara contra aquel por homicidio en primer grado, con la agravante de abuso de autoridad.

El hecho de que Convers, acusado de un delito de tal gravedad, no hubiese pagado con la vida el crimen de que se le imputaba, pudiera extrañar a cualquiera que no fuera el inspector Tracy. Este sabía perfectamente los esfuerzos que le habían costado salvar la vida de su subordinado contra viento y marea. Las visitas que había tenido que hacer, las influencias que tuvo que poner en juego, la tensión de nervios que padeció hasta que el mejor abogado de San Francisco pudo llevar al ánimo del Jurado la sombra de una duda que sirvió para que el juez no dictara la sentencia fatal.

Y todo el empeño del inspector Tracy en salvar a Convers no descansaba más que en dos convicciones de tipo moral: la seguridad íntima de que condenándolo se cometía un error judicial irreparable y el estudio psicológico de la personalidad de Slim Convers.

De haber sido hallado muerto Steve Mitchael como consecuencia de una brutal paliza y el descubrimiento estuviera acompañado de aquellas mismas o parecidas pruebas contra Slim, el inspector hubiese bajado la cabeza y dejado condenar al agente, de quien conocía los métodos excesivamente duros y expeditivos. Pero aquellos dos balazos por la espalda que acabaron con la vida del maleante no llevaban el sello de Slim Convers. No podían llevarlo, aunque así quisieran demostrarlo los proyectiles encontrados en el cuerpo de Steve.

Esa no era la forma de proceder del agente especial Slim Convers. Allí, ante sus ojos, tenía una copia de la hoja de servicios del ex agente. Hombre de una osadía que rayaba en la imprudencia, de una dureza que lindaba en la crueldad, se había metido infinidad de veces en situaciones peligrosas demostrando un valor temerario, sin importarle el número de sus adversarios ni sus posiciones ventajosas, pero siempre, absolutamente siempre, los había atacado de frente, cara a cara.

Por espacio de dos horas estuvo el inspector Tracy sumido en sus reflexiones, luchando entre dos deberes: el oficial, que le decía que no debía intervenir en lo que ocurría en Stockton sin que la Policía local reclamara esa intervención, y el deber moral, que le impulsaba a no dejar que Convers corriera a un peligro mortal sin contar con la ayuda de los que fueron sus compañeros. Ya una vez se había cometido con él una injusticia y no deseaba de ningún modo verlo sentado de nuevo en el banquillo de los acusados.

Por fin, el inspector Tracy tomó una decisión, y como consecuencia de

ella dos agentes especiales de la plantilla a sus órdenes, desconocidos completamente de Slim Convers, recibieron instrucciones confidenciales, pero precisas.

* * *

La estancia de Convers en San Francisco se prolongó cuarenta y ocho horas. En este espacio de tiempo, el ex agente hizo distintas visitas a ciertos lugares de Chinatown, se entrevistó con gentes que seguramente debían tener sus fotografías en las magníficas colecciones de retratos de los archivos del F. B. I., y unas veces con cierta facilidad y otras a costa de convites o propinas, fue obteniendo una serie de datos acerca de la juventud de Gene Flage y del gigantesco Bobo que le sirvieron para rehacer cierta parte de la vida de tan interesantes individuos.

Los más sabrosos de estos datos le fueron facilitados por el dueño de un bar de Chinatown, uno de esos establecimientos en los que toda la clientela ha desfilado por presidio o está haciendo oposiciones para ir a él, y en el que el dueño se juega la vida diariamente para mantener un orden relativo entre sus clientes, hasta que uno de estos, más impulsivo o más «madrugador», lo elimina del censo industrial de la ciudad.

No habló espontáneamente, sino ante el mágico poder de un billete de cien dólares que Slim le enseñó al desgaire, dándole la seguridad de que no tenía inconveniente de desprenderse de él en su beneficio, siempre que los informes que le diera mereciesen tan alto precio. Debió merecerlo, sin duda, puesto que cuando terminó de hablar, Convers hizo la prometida transferencia de bolsillo a bolsillo, y no protestó cuando le dijo que aquel líquido corrosivo y quemante que habían trasegado mientras charlaban importaba diez dólares más.

Pero la información los valía. Según ella, Gene Flage había residido en San Francisco años atrás, aunque había usado otros nombres más, dada la complejidad de sus extraños negocios. Pero en uno de ellos, el más importante por lo menos a la vista del público, figuró con el nombre de Gene Flage.

El tal negocio era una magnífica combinación de club nocturno, juegos prohibidos y fumadero de opio. El asunto iba viento en popa y constituía una magnífica fuente de ingresos para Gene. En el salón de espectáculos, la tapadera del negocio, la gente se aburría con la mayor distinción, se emborrachaba a conciencia y paga minutas astronómicas. En las salas de juego se dejaba desplumar por variados procedimientos, siempre con la estúpida ilusión de dar un golpe de suerte que jamás llegaba, aunque hay

que reconocer que golpes de otra clase los había con bastante frecuencia. Y finalmente, en el fumadero terminaba de embrutecerse. En él perdían el conocimiento, la dignidad y la cartera, o por lo menos su contenido, y cuando salía de él era para darse cuenta de que, a pesar de haber sido robados, no podían recurrir a nadie, a menos de contar cosas que les rebajaban incluso ante sus propios ojos y que, por otra parte, no podían probar.

Pero como todos los negocios, el de Gene Flage también tenía sus fallos. Este tomó la forma de un jovenzuelo de la mejor sociedad de San Francisco que, impulsado por el alcohol, armó una verdadera tremolina en la sala de juego al darse cuenta de que su dinero había desaparecido de forma un tanto sospechosa.

La protesta del muchacho adquirió unos caracteres insospechados. Sus amigos le apoyaron con energía. Volaron las sillas y otros objetos de ser convertidos en proyectiles. Las bofetadas y puñetazos se cotizaron por los suelos; tanta fue su abundancia que la intervención del propio Gene Flage y su guardaespaldas no surtió el efecto tranquilizador de otras veces.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo terminó todo eso?

—El punto final corrió a cargo de la Policía, avisada no se sabe por quién. Aunque, en realidad, cuando los guardias entraron en el templo de Jorge, todo había terminado. Por lo menos en la sala de juego no había nadie, absolutamente nadie, a excepción del pollo que provocó el escándalo.

—¿Lo detuvieron?

—Eso hubiera querido él —respondió el «barman», con su humor macabro—. Estaba de bruces en el suelo con dos balazos en la espalda, y más muerto que mi abuela. La Policía, a pesar del escándalo que se armó, no pudo hacer nada más que clausurar el salón, después de descubrir el fumadero clandestino. Desde entonces no se ha sabido o no se ha querido saber nada de Gene Flage.

—¿Fue él el autor de la muerte?

El individuo miró a Slim con cierto recelo. Permaneció durante unos segundos en silencio, para terminar diciendo:

—Creo que por cien dólares ya he dado suficientes noticias. Pero para que no se quede con la miel en los labios voy a decirle algo más. Si Gene Flage hubiera sido el autor de esa muerte no le diría una sola palabra. Pero tengo la seguridad de que no fue él quien apretó el gatillo aquella noche. No se moleste en buscarle por eso. Pero busque, en cambio, a un tipo que estaba a su servicio. Se trata de un tipo que probablemente no se atreverá a volver a poner los pies en Chinatown, porque hay aquí varios que tienen algo que arreglar con él. Ese individuo sentía una verdadera debilidad por las espaldas de los demás. Ya se había «cargado» a dos por ese

procedimiento.

—¿Sabe su nombre?

—No. Ni creo que lo sepa él mismo. Usaba cinco o seis, a ejemplo de su patrón; pero ¡vaya usted a saber cuál sería el verdadero! Yo creo que ninguno. Y créame usted que lo siento. Nunca he sentido simpatía por los que delatan a un compañero; pero creo que en este caso lo haría con gusto, y como yo, otros muchos.

—¿No será un hombre alto, casi un gigante, bien parecido de rostro, rubio?...

—Puede ser o no puede ser —respondió el «barman», dando por terminada la conversación—. Y ya basta. Cien dólares no dan más de sí.

Convers tuvo que conformarse con aquellos datos incompletos. Estuvo dudando unos instantes si darle un buen golpe al cínico hampón, desprenderse de otro billete o conformarse con lo que había obtenido. Y se decidió por lo último.

En otras circunstancias no hubiese vacilado ni un solo instante; pero pensó en lo mal que le sentaría al inspector Tracy que armare un escándalo a los pocos minutos de haberle visitado para solicitar, en cierto modo, su aprobación a los proyectos que tenía contra Gene Flage y su banda.

No se lo había prometido, porque en realidad no podía hacerlo; pero Slim Convers era uno de los hombres que saben leer entre líneas y para él, el hecho de que Tracy le hubiese permitido salir de su despacho sin hacerle una clara y taxativa prohibición de inhibición en cuanto se refiriera a Flage podía interpretarlo, y así lo hizo, en el sentido de que, aunque fuera extraoficialmente, contaría con su ayuda decidida.

Por esta misma razón, Convers sabía que nada había que menos le conviniera que llamar la atención en San Francisco. No era allá donde tenía que actuar. Su lugar de acción había de ser Stockton, y a dicha ciudad tenía que marchar inmediatamente, aun corriendo el riesgo de que Flage, con la colaboración del teniente Dunn y de su banda de asesinos, lo enviara a hacer compañía al desgraciado Rock Ambler.

Por otra parte, una mirada al rostro de su informador le bastó para convencerse de que le había dicho cuanto sabía. Y que todo lo que en adelante le hiciese creer que podía decirle no sería más que una serie de mentiras para intentar embolsarse con la mayor facilidad otro billete de cien dólares.

Abandonó el antro y decidió, antes de emprender el viaje de regreso a Stockton, darse una vuelta por el club de noche del que fue propietario Gene Flage. Su desilusión fue grande al hallar lo que fuera lujoso centro de diversión transformado en un moderno pero destartalado garaje y comprobar mediante algunas discretas preguntas que ni el propietario de aquella industria ni ninguno de sus empleados conocía, siquiera de nombre,

al miserable caciquillo de Stockton.

Dio por terminada su gestión en la magnífica ciudad californiana y buscó alojamiento para pasar la noche.

Una vez en la cama, Convers pasó revista a la actual situación de las cosas.

De cuanto le había dicho el «barman» podía deducir varias hipótesis acerca de la vida de Gene Flage. Era indudable que este, al sufrir el descalabro que determinara su desaparición de San Francisco, había recalado en Stockton.

Poco antes del lamentable suceso que llevó a Convers a una penitenciaría. No alcanzaba a comprender el ex agente cómo era posible que Flage hubiera escapado a la persecución de que debía haber sido objeto por parte de la Policía y se atrevió a establecerse en una ciudad como Stockton, tan próxima a San Francisco.

La explicación debía estar, evidentemente, en la amistad que sin duda existía entre el bandido y el teniente Dunn. Nadie mejor situado que este para hacer desviar la atención de la Policía hacia otros derroteros. Para ello le habría bastado seguramente con informar a San Francisco diciendo que ni Flage ni nadie que se le pareciera en lo más mínimo había recalado en Stockton.

Una vez seguro de no ser molestado, Flage debió estudiar el ambiente para tratar de establecer en esta ciudad un negocio parecido al que dejara en San Francisco, y le habrían hecho saber que el principal escollo con que tropezaría para ello sería la presencia en la ciudad del propio Convers, hombre duro, excesivamente duro si se quiere, pero incorruptible. Y se decidió a eliminar este obstáculo.

Todo eso parecía razonable. Tenía visos de verdad, pero lo que ya no estaba tan claro era la actuación de Grace Bachmann, sus relaciones con Flage. ¿Cómo había llegado a conocer su ex prometida al temible bandido?

El desamor de Grace había lastimado profundamente a Slim, que estuvo muy enamorado de la bella muchacha, pero no le sorprendió extraordinariamente. Más de una vez y de dos sus relaciones se habían visto ensombrecidas por el desmedido afán de lujo de la muchacha, aunque nunca creyó Convers que esa ambición la llevara hasta el extremo de abandonarlo precisamente en el momento en que más necesitara de un verdadero afecto, y, sobre todo, que se llegara a unir ni comercial ni espiritualmente con un hombre de la clase de Gene Flage.

Ese era un punto que tenía que aclarar, aunque, desde luego, consideraba terminadas para siempre sus relaciones con la bella y egoísta muchacha. Y comprobó que al hacerse esta callada afirmación no se sentía excesivamente disgustado.

Otra cosa permanecía oscura en todo aquello: la muerte de Steve

Mitchael. En un principio había pensado en el propio Flage, pero después de los informes del «barman», su interés se centraba en la figura de aquel guardaespaldas del bandido que tanta debilidad sentía por las espaldas de los demás. ¿Sería ese tipo el criado o mayordomo que le recibiera de forma tan inolvidable en la casa de Flage, cuando su visita a Grace? Convers hizo votos porque fuera así. Tenía una deuda con el gigantón, y se la pagaría con redoblado gusto de ser el asesino de Steve.



¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquísita, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

XI



La abrió la puerta del piso, sus ojos tropezaron con el rostro bellísimo de Fanny Ellison. Pero aquellas correctas facciones estaban descompuestas por el miedo.

—¿Qué te ocurre Fanny? Parece como si acabases de ver a un fantasma.

—Lo hubiera preferido, Slim. ¿Cómo te atreves a venir aquí?

Ahora fue el rostro de Slim el que se ensombreció.

—No es para tanto, Fanny. Si he faltado cerca de dos días de casa, ha sido porque he tenido mucho que hacer. Pero otras veces ha ocurrido lo mismo y nunca te supo tan mal. ¿Es que acaso he echado a perder alguno de tus magníficos guisos no viniendo?

—¡No es eso, Slim, no es eso! —exclamó, llena de apuro, la joven—. Pero ¿es que no sabes que la Policía de Stockton está buscándote con el mayor interés? ¿No sabes que ha sido asesinado Rock Ambler y que te achacan su muerte?

Slim, naturalmente, sí que sabía que Ambler había sido asesinado, y sospechaba que intentarían cargarle la muerte de su amigo, pero no relacionaba eso con el miedo que se reflejaba en la actitud de Fanny.

—Estuvieron aquí anteanoche —habló la joven, sin necesidad de preguntarle—. Ese bestia de Dunn y varios hombres más. No puedes hacerte idea de cómo se puso cuando no te encontró aquí y cuando transcurría el tiempo sin que aparecieses. Brutalmente me dijo que eres un asesino y me amenazó con no sé cuántas cosas si yo no le decía tu paradero o si trataba de encubrirte. Estuvieron aquí hasta la mañana, revolviéndolo todo, manchándolo todo. Hasta que al fin se marcharon, no sin repetir sus amenazas. ¡Dios y cómo sufrí, temiendo que de pronto aparecieras tú!

—Estuve a punto. Llegué hasta la esquina, pero ese animal de Dunn; con su alarde de fuerza para detenerme, me hizo sospechar lo que ocurría. Di media vuelta y me fui. Llamé por teléfono desde una farmacia, y cuando oí su voz, mis sospechas se confirmaron. Colgué el aparato sin pronunciar ni una sola palabra. Se me ocurrió entonces la idea de que, al menos por aquella noche, la ciudad de Stockton no sería muy hospitalaria para conmigo. Y me fui a San Francisco a ver a Tracy.

—¿Al inspector?

—Sí. He sostenido con él una conversación, que no puedo calificar de muy amistosa precisamente. Pero que me ha dado ciertos frutos.

—¿Crees que te ayudará?

—Sí. Tengo la seguridad de que lo hará. Puede que no sea por mí, aunque tampoco creo que sienta animosidad contra mi persona. Pero Tracy era muy amigo de Ambler y el asesinato de este le ha afectado e indignado profundamente.

Del rostro de Fanny había desaparecido el miedo, para dar paso a la curiosidad y la esperanza. Convers continuó:

—Acabo de llegar a Stockton. Para llegar hasta aquí he dado un gran rodeo, y creo que nadie me ha visto, pues he procurado ocultar mi rostro a miradas curiosas, y antes de entrar en esta casa me he asegurado de que el «inteligente» Dunn no había dejado vigilancia alguna.

—La puso, pero la quitó anoche en vista de que no aparecías. Bueno —preguntó ella—;¿qué pienses hacer?

—Esta misma noche he de visitar a dos personas. Del resultado de esas visitas creo que saldrá la luz, y con ella algo que obligue al teniente Dunn a arrepentirse de su grosería para contigo.

—No quiero que hagas nada en ese sentido, Slim. Olvida lo que te dije. Pero, dime: ¿a quiénes vas a visitar?

—A Gene Flage y a...

—¿A Grace?

Si Convers hubiese estado mirando a Fanny y menos absorbido en sus preocupaciones, habría observado que el rostro de Fanny se coloreó involuntariamente al hacer esta pregunta y que su voz no sonó con la misma firmeza que antes.

—Sí —dijo, sin mirarla—. A los dos.

* * *

De algo le sirvió a Slim Convers la visita que dos noches antes hizo al «night-club» de Flage. Por lo menos, ahora sabía ya la exacta situación del

despacho del dueño, y tenía confianza en su habilidad para poder llegar hasta él burlando la vigilancia del portero de los salones de juego.

Esta confianza aumentó al comprobar que el guardián era un individuo desconocido. Seguramente su declaración acerca de la forma de soborno que empleó con el otro le había valido el cese fulminante en la organización de Flage. Y ¡quién sabe si algo más!

De todos modos, Slim había procurado cambiar algo de aspecto exterior para efectuar su segunda visita al Fyndi's. El sacrificio de su bigote, unos ligeros toques en las cejas, unas gafas ahumadas y dos plaquitas de caucho que abultaban, sus carrillos, le había dado una apariencia que si no podía engañar a quién le conociese a fondo, sería suficiente para despistar a quienes apenas le conocían de vista o no le hubieran echado la vista encima jamás.

No se detuvo mucho en el salón de baile, ni en la barra del bar donde permaneció solo el tiempo preciso para beberse un «whisky» y echar un vistazo a la escasa concurrencia. Pagó la consumición, y con la cartera abierta en la mano, para que el cancerbero pudiese ver que era un punto fuerte al que no convenía poner reparo alguno, atravesó la puerta de entrada al salón de juego, mirando con cierta displicencia al portero, que le saludaba quitándose de su cabezota la galoneada gorra.

Una vez caídas tras de él las tupidas cortinas de terciopelo, Convers, en dos zancadas, llegó hasta la puerta del despacho de Flage, y la abrió. No hizo ruido alguno, y los dos hombres que estaban sentados a ambos lados de la mesa no se dieron cuenta de su llegada hasta que estuvo materialmente encima de ellos.

—Buenas noches, señores.

No respondieron al amable saludo. Flage se limitó a levantar la cabeza y mirarlo con aquella mirada helada, y amenazadora que parecía su principal característica. El otro, Cush Mitchael, que daba la espalda a Convers, sí que se movió. Dio un respingo como si de pronto le hubiese mordido un animal ponzoñoso y echó mano a su sobaco izquierdo. Pero nada más. La presión de la mano de Convers en su espalda fue suficiente para hacerle comprender que no tendría probabilidad alguna de hacer lo que pensó por unos segundos.

—¿Qué quiere? —preguntó Flage, con fría entonación.

—Solo el placer de saludarle, amigo Flage. Y al mismo tiempo que vea, por mi presencia aquí, que su plan no ha tenido éxito.

El bandido se encogió de hombros, como diciendo que no comprendía ni una sola palabra de cuanto oía.

—Sí —continuó Convers, irónico—. Como usted puede ver, no me han detenido. Y tengo la sospecha de que no me detendrán.

—¿Por qué cree que tengo yo interés en que sea detenido? Yo no soy

policía ni tengo nada que ver con ellos.

—Comprendo. Entonces, tampoco le interesará saber que el inspector Tracy, del F. B. I. en San Francisco, ha sido informado de la muerte de Rock Ambler, amigo suyo, y que piensa tomar cartas en el asunto, ¿no es así?

La palidez de Flage armonizaba con sus cabellos grises. Sus ojos lanzaban destellos amenazadores. Se notaba perfectamente que estaba realizando esfuerzos sobrehumanos para contenerse.

—¡Váyase, Convers! Salga de aquí antes de que mande que le echen de otra forma.

Convers se sonrió, irónico. Había ido allí precisamente para exacerbar a la fiera, y lo estaba consiguiendo. Quería ponerlo en el disparadero y que Flage, cometiera un error irreparable.

Aunque no tenía la menor intención de obedecer a las órdenes de Flage para que saliera de allí, fingió hacerlo, y dio unos pasos en dirección a la puerta. De pronto dio media vuelta, como si se le hubiera olvidado algo, y volvió hacia donde estaban los dos hombres.

—Tengo dos preguntas que hacerle todavía, Flage. ¿Qué sabe usted de la muerte de Ann Spratt?

¿Le pareció a Convers que el gesto de ignorancia que se reflejó en el rostro de Flage no era fingido; pero, en cambio, vio que Cush Mitchael palidecía y miraba con temor al dueño del salón. No insistió en su pregunta, pero sí efectuó otra, cargada de mala intención:

—Bien. Es posible que usted no sepa nada de este asunto; pero, en cambio, no debe ignorar que tiene en Stockton un enemigo de quien debiera guardarse más que de mí.

—No le entiendo, Convers. Hable claro de una vez o márchese.

—Como usted quiera. Pregúntele entonces a este sapo —señaló a Cush, que lo miraba con rabia y temor al mismo tiempo— quién le ha dado el encargo de librar a Stockton de la presencia de usted. Pregúntele de dónde ha sacado el dinero que me dio hace dos días con ese fin.

Cush se cogió con fuerza al respaldo del sillón donde se apoyaba, para no caer. La sorpresa, el miedo y la rabia agarrotaron su lengua. A duras penas logró tartamudear:

—Eso... eso... no es cierto. ¡No, no!

Gene Flage lo miraba como podía mirar una serpiente a un inocente pajarillo.

—Vamos, Cush, no mientas. Confiesa quién es ese cliente tuyo que te encargó que buscaras a alguien capaz de enfrentarse con Flage. Y me buscaste a mí —Convers lanzó una estentórea carcajada—. ¿O es que no existe tal cliente, y lo que pretendías era sustituir a Flage en sus pingües negocios?

—¡Mentira, mentira! —gritaba el cobarde, con voces histéricas.

Convers sonreía. Su plan marchaba viento en popa.

—¡No te desmayes, mujerzuela! Tú me encargaste anteayer la limpieza de la ciudad de gente indeseable, y yo interpreté ese deseo incluyéndote a ti, porque ¿quién más indeseable que un cobarde pistolero como tú? ¿Quiere pruebas, Flage? —añadió, volviéndose al otro—. Todavía tengo en mi bolsillo la mayor parte de los billetes grandes que este tipo me dió.

Puede tomar su numeración, y me extrañaría mucho que no figuraran en sus anotaciones entre los de alguna entrega hecha a este miserable.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí los dos! —rugió Flage, que se había levantado de su asiento con el rostro congestionado por la ira.

Cush quiso acercarse a él, con el ánimo de disculparse, pero Flage le recibió con un terrible puñetazo en la boca, que le hizo retroceder apresuradamente, mientras que en sus labios aparecía una espuma sanguinolenta.

—¡Fuera!

Slim Convers hizo un irónico saludo, y se dirigió hacia la puerta. Cush se puso a su lado, como buscando protección, mientras con un pañuelo intentaba cortar la hemorragia producida por el puñetazo de Flage.

—No cante victoria, Convers —sonó la voz de Flage antes de que hubiera salido—. Tengo muy buenos triunfos en las manos, y no vacilaré en jugarlos, caiga quien caiga.

La alusión era demasiado clara para que Convers no la comprendiera. Volvió la cabeza para responder:

—Si le hace usted el menor daño a ella, Flage, le buscaré hasta en el fin del mundo para arrancarle la vida con mis propias manos.

Alcanzó en pocos segundos la figura desmedrada del acobardado pistolero. Este no pudo evitar un respingo al oír pasos tras de su persona.

—¿Tienes miedo, Cush? —preguntó Slim, con zumba.

—¿Por qué ha hecho eso? —gimió el cobarde.

—No he hecho más que lo que mereces, bandido. Juegas con dos barajas, ¿eh? A mí me encargas que te libre de Flage, y empleas para ello su propio dinero, y obedeciendo sus órdenes, seguramente, liquidaste a Ann Spratt.

En los ojos del asesino se pintó un terror abyecto.

Intentó vanamente rechazar las acusaciones de Convers, pero este ni le hizo caso.

—Tus horas están contadas, Cush. Flage no te perdonará esa faena. Ya puedes esconderte bajo tierra.

—Me van a matar —lloriqueó el otro—. Me van a matar por culpa suya. Me ha traicionado usted.

Cush se dirigió con paso vacilante a un auto estacionado unos metros

más arriba del Fyndi's. Mientras se metía en el coche y ponía en marcha el motor, Convers, apoyado en la portezuela, le hablaba:

—Solo una cosa puede salvarte de morir a manos de Flage o sus hombres, Cush —le dijo—. Una sola cosa. Una declaración escrita contando cuanto sabes acerca de ese hombre. Pero todo, absolutamente todo: quién mató a tu hermano, quién mató a Ambler, todos los negocios sucios de la banda y, naturalmente, quién fue el autor de la muerte de Ann Spratt. No te niego que esa declaración te valdría bastantes años de penitenciaría; pero te salvaría el pellejo, ese miserable pellejo tuyo que tanto pareces apreciar.

Cush no contestó. Hizo arrancar el coche, y se alejó sin más explicaciones. Pero Convers estaba seguro de que la semilla que había plantado en aquella tierra daría su fruto.

Slim subió a un taxi, y dio la dirección de Fanny Ellison. Llegó cuando esta estaba dando los últimos toques a la cena. Marchó directamente a su habitación, en espera de que la joven le avisara, y se tumbó en la cama. Pocos minutos después, la joven apareció en el umbral.

—Vamos a cenar, Slim. Y luego es preciso que te acuestes; debes estar molido.

Convers prometió cuanto la joven quiso, y se sentó a la mesa. Pero todavía no habían llegado a los postres, cuando el timbre del teléfono sonó enérgicamente.

Slim tomó el auricular. En sus labios se dibujó una sonrisa de triunfo al oír la voz del que le llamaba. Era Cush Mitchael.

—¿Todavía estas vivo, Cush?

—Déjese de bromas, señor Convers. He estado pensando en lo que me dijo hace un par de horas. ¿Qué salgo yo ganando si hago lo que me dijo?

—Nada. Yo no soy quién para ofrecerte nada. Y tampoco te he propuesto que hagas nada. Te he dado tan solo un consejo. Y tú eres libre de seguirlo o no.

Se hizo un corto silencio. Luego, la voz de Cush Mitchael sonó, cada vez más angustiada:

—Venga a verme enseguida, señor Convers. He escrito esa carta. La tengo en lugar seguro. Pero no la entregaré si no promete protegerme. Yo solo trato de salvar mi vida. ¡No me abandone, Convers!

—Bien. Veremos lo que se puede hacer. ¿Dónde estás ahora?

—En mi casa. En Covent Street, setenta y cinco, piso cuarto.

—Bueno; me pondré en contacto con el teniente Dunn...

—¡No! ¡Con ese, no! Prefiero que venga solo; pero si eso no puede ser, que le acompañe cualquier otro miembro de la Policía menos Dunn.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

XII



El número 75 de Covent Street era un caserón destartado que albergaba a un gran número de familias. Una auténtica colmena, en la que abundaban los zánganos de la catadura de Cush Mitchael, que vivían sin trabajar y son reían irónicamente al ver a muchos de sus moradores volver a sus hogares a las primeras horas de la noche, rendidos de fatiga, mientras que ellos se lanzaban a aquellas horas precisamente a practicar sus misteriosos trabajos.

Convers había quedado con Cush que llamaría a su puerta en forma convenida, para evitar que el asustado pistolero diera entrada en su casa a la muerte, creyendo hacerlo a aquel de quien esperaba su salvación. Una salvación muy relativa, ciertamente, pero que era la única que podía esperar, y, desde luego, más de lo que merecía.

Slim Convers subió apresuradamente las viejas y rechinantes escaleras. El piso que ocupaba Cush estaba situado en el centro de la planta. Una puerta, en la que la mugre sustituía ventajosamente a la pintura, lucía en su centro una amarillenta tarjeta de visita sujeta con chinchetas. En ella se leía: «Cush Mitchael. Agente comercial». Convers no pudo evitar una sonrisa al figurarse lo poco que debían saber los agentes comerciales de Stockton de que contaban entre sus honorables filas a un miembro tan destacado... en la carrera criminal.

Golpeó con los nudillos en la forma convenida, y debió hacerlo con alguna fuerza, puesto que la puerta, que solamente se hallaba encajada, se abrió más de un palmo. En aquel mismo momento, Convers tuvo la impresión de que su visita a Cush sería completamente inútil. De que había llegado tarde.

Entró sin vacilar. La pieza era un minúsculo vestíbulo, al que daban dos

puertas. Instintivamente se dirigió hacia la de la derecha. Por la estructura de la casa, aquella pieza era la única que debía de dar a la calle, y, por tanto, la que probablemente Cush habría destinado para dormitorio.

La habitación era el dormitorio del pistolero, efectivamente. O lo había sido hasta entonces. Estaba iluminada por una lámpara que pendía del centro del techo. No era muy potente aquella luz, pero sí lo suficiente para iluminar con claridad el lecho y el cuerpo que sobre él había.

Era Cush Mitchael. Estaba tumbado de cara al techo, y uno de sus brazos colgaba fuera de la cama hasta rozar el suelo. Convers pudo ver perfectamente sus ojos vidriados por la muerte. Vestía un pijama azul, que en la parte del pecho se había convertido en negro al absorber una gran parte de la sangre que le brotara de la herida que tenía a la altura de la tetilla izquierda.

Convers avanzó hacia el desgraciado e, inclinándose, cogió la mano que pendía fuera del lecho. Todavía conservaba el calor. No debía hacer ni quince minutos que había muerto.

Un ligero ruido que se produjo a sus espaldas hizo que Convers volviera rápidamente la cabeza. La odiosa figura de Gene Flage, respaldada por uno de sus pistoleros, se recortaba en el umbral. El dueño del Fyndi's y su secuaz le apuntaban con sus pistolas.

—Caíste como un pajarito —murmuró Flage.

—¡Qué agradable visita, querido amigo! —respondió Slim, entre dientes.

Flage avanzó hasta él. En su rostro se veía una sonrisa diabólica, y sus ojos brillaban con la luz del triunfo.

—Ya te dije que tenía varios triunfos en mi poder, Convers. No he necesitado jugar más que uno. Debiera haberte matado antes, y me hubiese evitado muchas complicaciones. Porque no te niego que me has causado algunos perjuicios. Pero no te alegres demasiado. De todos modos, no vas a disfrutar de esos pequeños triunfos. Esta vez no escaparás. No podrás escapar con unos años de cárcel. Te espera la cámara de gas, amigo mío.

Aunque Convers mantenía en su rostro una serenidad inmutable, lo cierto es que no las tenía todas consigo. Vislumbraba cuál era el proyecto de Flage, y este lo confirmó enseguida.

—He llamado al teniente Dunn. Cuando llegue, encontrará el cuerpo de esa rata, y a ti aquí dentro, con la pistola en la mano. Excuso decirte que esa pistola será la misma que ha servido para matar a Cush. ¿Qué crees que hará Dunn? ¿Se dejará convencer por tus protestas de inocencia?

Convers empezaba a convencerse de que, si dejaba llegar a Dunn, no habría nadie en el mundo que pudiera salvarle a él.

Quiso, sin embargo, echar una bravata.

—Tendrán que convencer también al inspector Tracy y a sus hombres.

No creo que sea una cosa fácil.

—¡Oh! No te preocupes. Todo está bien preparado. Alguien ha hablado esta misma noche con ese buen Tracy. Puedo asegurarte que no dará ni un solo paso en tu favor. No le eres muy simpático. Y creo que jamás lograrías convencerle de tu inocencia cuando se entere cómo te han encontrado. Y hay más aún: Tracy podrá ver por sus propios ojos, si se decide a venir, las pruebas del asesinato de Rock Ambler. Excuso decirte que te acusan a ti exclusivamente.

Slim Convers buscaba desesperadamente una idea salvadora. Flage tenía razón. Si le encontraban allí en la forma que había dicho Flage, no habría nadie en Stockton ni en el mundo entero que creyese en su inocencia.

Lanzó una mirada a sus enemigos. Flage había retrocedido unos pasos y se disponía a dejar el primer puesto al pistolero que le acompañaba. Seguramente, aquel individuo era el que había de actuar para dejar a Convers en la comprometidísima situación que le habían esbozado. Era necesario obrar inmediatamente si no quería que lo irreparable se produjese.

La ocasión tan desesperadamente buscada vino cuando echó una mirada distraída a la mesilla de noche que había junto a la cama. El cajón estaba medio cerrado solamente, y en el fondo brillaba el empavonado acero de una pistola. Seguramente, aquella mano colgante de Cush había intentado empuñarla al ver a sus enemigos, pero su intento murió apenas iniciado.

Pero lo difícil era alargar la mano para apoderarse del arma. Intentó desviar la atención de los asesinos.

—Está bien. Veo que he perdido, y no hay nada que hacer. Pero antes de que me mande al otro mundo, tengo curiosidad por saber una cosa. Es una pregunta que ya le hice antes, pero que no tuvo contestación. ¿Por qué mató a Ann Spratt? No quiere contestarme, eh? No tiene importancia ya. Me lo dijo Cush. Así como otras muchas cosas. Pueden matarme a mí, o hacer que me envíen a la cámara, pero lo que no podrán evitar es que la confesión escrita de Cush Mitchael llegue a dónde debe llegar.

Los dos hombres le miraron con el entrecejo fruncido, aguardando el resto de sus palabras.

—¿No sabían que Cush, temiendo lo que ha ocurrido, me llamó por teléfono para decirme que había hecho una declaración por escrito, y que viniera a recogerla? No la he buscado todavía, pero tiene que estar aquí.

La estrategia era burda hasta la exageración. Convers lo sabía, pero no se le ocurrió en aquel momento nada mejor para retrasar, ya que no impedir, que los que le escuchaban no procedieran inmediatamente contra él. Y contra toda lógica, surtió el efecto deseado.

Flage dio orden, a su acompañante de que no perdiera de vista a Slim, y

él, sentándose en una pequeña mesa escritorio que había en un rincón de la habitación, empezó a buscar frenéticamente el escrito de Mitchael, mientras que Slim, dando un paso, sin bajar los brazos, insistía:

—No creo que Cush, por imbécil que fuera, haya dejado ese escrito al alcance del primero que llegase —dijo, mientras que con su cuerpo ocultaba el entreabierto cajón de la mesilla—. Han sido muy rápidos en obrar; pero al matar a Cush, han olvidado averiguar sí disponía o no de un arma contra ustedes. Probablemente habrá guardado su declaración en la caja fuerte de algún Banco, si es que él no tenía alguna particular.

Había dirigido la mirada intencionadamente hacia un cuadrito que colgaba de la pared, encima de la mesa escritorio, y el guardaespaldas siguió la mirada de Slim, descuidando durante unos minutos su vigilancia. Fue todo lo que Slim deseaba.

Con rapidez meteórica, cogió con una mano el flexo que había sobre la mesilla y lo arrojó contra el pistolero. Cuando este y su jefe quisieron reaccionar, Slim había dado un salto, separándose de la trayectoria del arma del primero, y su mano blandía la pistola de Cush.

Dos fogonazos rasgaron las tinieblas de la habitación, y Slim respondió casi instantáneamente. Había disparado desde el suelo, donde se había dejado caer al dar el salto, y después de hacerlo rodó por el piso, abandonando el lugar primero. Sonaron dos nuevos disparos, y él respondió casi al unísono, disparando hacía el sitio donde brillara uno de los fogonazos.

Con salvaje alegría oyó un quejido angustioso, acompañado del ruido de un mueble al caer con estrépito. Luego se hizo el silencio. Pero Slim no se confió. Sabía perfectamente que uno de los dos adversarios estaba con vida. La situación había variado radicalmente. Ya no estaba solo y desarmado contra dos bandidos. La lucha se había igualado, y él se encontraba en su verdadero elemento. Ahora tenía confianza absoluta en salir con bien del paso.

Se arrastró por el suelo, apoyándose en los codos y procurando contener hasta la respiración. En alguna parte de la habitación, a oscuras, había un asesino, con los nervios en tensión, dispuesto a matarle. Continuó arrastrándose unos centímetros más, con la silenciosa cadencia de un felino, y su mano izquierda tocó de pronto algo frío y pegajoso. Estuvo a punto de delatarse, siéndole casi imposible reprimir una exclamación de repugnancia.

Supuso que aquello que intentaba quitarse restregando su mano por el suelo sería la sangre medio coagulada de Cush. Quiso retroceder, y al hacerlo, uno de sus pies chocó con la pata de una silla, haciendo un ruido que a Slim le pareció horrísono, como un trueno.

Inmediatamente sonaron dos disparos casi seguidos, y el hecho sumió a

Slim en nuevas confusiones. ¿Habrían sido disparados por uno solo de sus enemigos, o el que había caído no estaba lo bastante grave para dejar de disparar?

No perdió tiempo en buscar respuesta a la pregunta. Lanzó un suspiro, un quejido casi inaudible, al mismo tiempo que metía casi todo su cuerpo debajo de la cama, donde yacía el cuerpo de Cush Mitchael. Y contuvo el enorme deseo de disparar que le dominaba.

Transcurrieron unos segundos interminables. Y su estratagema tuvo el efecto deseado. Adivinó, más que vio, una sombra más densa que intentaba desplazarse, y su dedo apretó el disparador febrilmente, con ansia de matar, hasta vaciar el cargador.

De nuevo reinó el silencio. Pero esta vez no lo fue total. Lo rompía el estertor inimitable de un hombre en la agonía. Se decidió a salir de su precario escondite, y levantándose fue hasta la pared. Luego, ayudándose por el tacto, llegó hasta la puerta en busca del conmutador de la luz. Lo hizo ya sin preocupaciones, completamente seguro de que sus dos enemigos habían dejado de serlo.

Cuando la luz del centro iluminó la estancia, Slim no pudo contener un gesto de repugnancia. En la pequeña y cerrada habitación, el olor a pólvora quemada hacía el aire casi irrespirable, y la sangre de los tres hombres caídos en distintos puntos de la estancia daban a esta un aspecto de matadero en pleno rendimiento.

Echó una mirada al sitio donde yacía Flage. Estaba recostado contra una butaca, y la blanca pechera de su camisa, teñida casi completamente de rojo, daba a su figura un aspecto alucinante.

Se acercó a él, con la esperanza de que aún quedara en su cuerpo un soplo de vida; pero pronto se desvaneció esta esperanza. Flage había dejado de ser el dueño absoluto de Stockton, para comparecer ante el Juez implacable que había de pedirle cuenta de todos sus crímenes.

Slim maldijo su mala suerte. Porque mala suerte podía considerar el hecho de que Flage hubiera muerto sin aclarar lo que para Slim tenía el máximo interés: quién había sido el autor material de la muerte de Steve Mitchael, que él había pagado injustamente.

Y, como consecuencia, sería muy difícil, casi imposible, convencer al inspector Tracy de su inocencia.

El inspector reclamaba pruebas materiales. Más aún: reclamaba que se le presentara al verdadero asesino, confeso y convicto. Y ¿cómo podía confesar Gene Flage, si había dejado de existir? Otro que quizá supiera también el nombre del asesino de Steve, era su hermano Cush. Pero desgraciadamente, este había seguido su mismo camino. Y ahora, Slim Convers no solo no podría presentar al asesino, sino que se vería en mil apuros para explicar las muertes de aquellos tres hombres que yacían ante

sus ojos.

Slim comprendió el terrible peligro que representaba continuar en aquella habitación. No se explicaba cómo era posible que el fuerte tiroteo que se había producido en ella no hubiera sido oído por nadie en aquella gran colmena que era la casa donde moraba Cush Mitchael. Solo cabía una explicación posible: que en toda ella solo habitaran personas de la misma catadura que Cush, es decir, de esas que opinan que, en casos como el sucedido, lo más práctico era no oír absolutamente nada.

Pero fuera como fuese, lo inmediato era abandonar el lugar en busca de menos peligroso ambiente. Pudiera ser que a algún vecino se le ocurriese avisar a la Policía, y lo menos agradable que le podía pasar en aquella situación era ver aparecer la maciza y repugnante figura del teniente Dunn encuadrarse en la puerta.

Dio dos pasos para alcanzar esta, cuando se le ocurrió echar una mirada al guardaespaldas de Flage. Y algo vio en el cuerpo de este que le hizo demorar por unos segundos sus intentos de salir de allí inmediatamente. La mano del que hasta entonces creyera muerto se crispaba nerviosamente sobre la alfombra.

Acudió inmediatamente a su lado. Aquel hombre vivía. Debía haber tenido perdido el conocimiento y recuperarlo en aquel momento. Tenía los ojos abiertos, y miraba fijo a Convers, como pidiéndole su ayuda. Slim comprendió que nada, podía hacer por el desgraciado. Ni siquiera podía explicarse cómo vivía todavía.

Buscó afanosamente en el armario de Mitchael. Y encontró lo que buscaba. Una botella de «whisky». Vertió una buena cantidad en un vaso, y se acercó da nuevo.

Cuando, cinco minutos después, Slim Convers abandonaba la habitación de Cush Mitchael, dejaba en ella tres muertos, pero llevaba fijo en su mente el nombre del asesino de Steve Mitchael. Y en busca de él se dirigió, a hacer una nueva visita a su ex prometida.



¡ ATENCION!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

triumfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase de públicos, como lo es el invencible

F. B. L.

XIII



LOVIA mansamente, pero sin cesar. Slim Convers, descubierto, dejaba que el agua le bañara el rostro, mientras caminaba rápidamente hacia la mansión que fue de Gene Flage. La frescura del agua sobre su cabeza refrescábale las sienes y mitigaba el recuerdo de la pesadilla vivida momentos antes.

No tenía un empeño especial en ver a Grace Bachman. Por el contrario, deseaba que su misión en el Fyndi's se prolongara hasta que terminase su visita. Porque esta estaba dedicada especialmente a Bobo Stimpson, el nombre que el guardaespaldas de Flage había pronunciado momentos antes de morir, como el del asesino de Steve Mitchael.

Frente a la verja que rodeaba la villa del que fue hasta minutos antes el hombre más poderoso de la ciudad, Slim se detuvo unos instantes. Examinó la casa. Sus moradores parecían entregados al descanso, a juzgar por la oscuridad y el silencio reinantes. Solamente una habitación del piso bajo estaba débilmente iluminada.

Empujó la puerta de entrada, y esta se abrió sin dificultad. Supuso que la dejarían así porque esperaban el regreso de Flage; pero Slim sabía que este no volvería. No se dirigió hacia la puerta principal. Bobo Stimpson no era un hombre que se dejara detener a la primera intimación. Y Slim tenía ya cierta experiencia de las dificultades que iban a presentársele para efectuar aquella detención.

Rodeó el edificio en busca de un sitio por el que poder penetrar en él sin llamar la atención. Y encontró entreabierta una puerta de cristales que daba a la magnífica terraza.

Se halló en un salón amueblado con el ostentoso lujo tan del gusto de Flage. Así pudo comprenderlo al recorrer por la estancia el débil rayo de

luz de su linterna eléctrica. Reteniendo en la memoria la configuración del edificio, se dirigió a una de las puertas y la abrió. No se había engañado. Volvía a encontrarse en el mismo vestíbulo donde tuviera la anterior entrevista con Grace. Allí, a su derecha, estaba la escalera que conducía a los pisos superiores. Pero no era en la planta superior donde se concentraba el interés de Slim Convers. Su atención estaba retenida por aquella habitación en la que había visto brillar una luz, y a ella dirigió sus pasos.

Se descalzó, en evitación de ruido alguno que pudiera llamar la atención de Bobo. Sabía por propia experiencia la peligrosidad del hombre a quién se disponía a detener y no pensaba concederle ventaja alguna.

Pero lo imprevisto echó por tierra todos sus planes. Cuando estaba a pocos pasos de la puerta por cuya rendija se escapaba una raya de luz, su pie descalzo tropezó con algo que no pudo distinguir, y dio unos traspiés apresurados, intentando evitar la caída.

Al hacerlo hizo involuntariamente más ruido del que deseara, y casi inmediatamente la puerta de la habitación que constituía su meta se abrió de par en par.

De espaldas a la luz quedó recortada la inconfundible figura de Bobó, el asesino. Y su reacción fue instantánea.

Slim Convers no tuvo tiempo de empuñar su pistola. El otro, embistiendo contra él en fulminante y furioso ataque, incrustó materialmente su enorme cabezota en su estómago.

A Convers le pareció que el techo de la habitación bajaba vertiginosamente, mientras que todo daba vueltas a su alrededor en una fantástica y demoniaca danza. La linterna que llevaba en la mano se le cayó, y él fue a hacerle compañía, envuelto en enrevesada pelota, con el cuerpo de su enemigo.

Hubiera deseado dirigir sus manos a su estómago dolorido, pero, por instinto defensivo, las dirigió hacia adelante, y tuvo suerte. El cuello de Bobo fue con lo que tropezaron sus manos, y las cerró salvajemente a su alrededor, oprimiendo con todas sus fuerzas.

Bobo inclinó el cuerpo hacia atrás, intentando desligarse de la terrible tenaza, y Convers, haciendo caso omiso de su estómago, no solo no soltó, sino que aprovechó el espacio libre que el movimiento de su enemigo le dejaba para meter su rodilla, con toda la fuerza posible, en el estómago del asesino.

Pero este, indudablemente, aventajaba al ex agente en fuerza y en malas artes. Con fuerza salvaje, sin parecer importarle mucho la presa de su contrario en el cuello, impulsó la cabeza hacia delante, haciéndola chocar contra la mandíbula del joven.

La enorme fuerza del golpe y el estremecedor crujido de su dentadura, le hicieron soltar el cuello de su enemigo. Este, con un salto agilísimo, se

colocó a sus espaldas, lanzando un grito de júbilo.

Slim se consideró perdido. Sus ojos se inyectaron en sangre bajo la presión de la rodilla de Bobo contra sus riñones. Un calambre doloroso le subía hasta el cerebro. Sus esfuerzos para desasirse del terrible dogal le debilitaban por segundos. Comprendía que de un momento a otro su cuerpo crujiría como frágil cristal y todo terminaría para él. Inconscientemente se dispuso a morir.

De pronto, como entre sueños, oyó un estampido que resonó como un trueno, y enseguida la presión que estaba a punto de romperle la columna vertebral se aflojaba sensiblemente.

Un nuevo disparo, y la tenaza se rompió, mientras que el cuerpo de Bobo Stimpson se derrumbaba por el suelo. Slim se restregó los ojos sin poder comprender todavía de dónde le llegaba el oportuno e inesperado socorro. La luz que salía de la habitación de Bobo solo iluminaba a medias el espacioso vestíbulo.

Sin embargo, mirando con detenimiento, pudo ver a la mitad de la escalera la figura de Grace Bachmann. Todavía empuñaba en su mano la pistola que había dado en tierra con el gigantesco cuerpo de Bobo.

La mujer parecía como hipnotizada. Su mirada estaba fija en al cuerpo caído del asesino como si estuviera esperando que hiciera algún movimiento para volver a disparar contra él.

Por fin pareció convencerse de que nada tenía que temer por aquel lado. Y volvió sus ojos hacia Slim Convers, que la contemplaba atónito, sin poder comprender nada de cuanto ocurría.

—Es necesario que me saques de aquí inmediatamente, Slim —dijo la joven.

Y Slim creyó que su acento era el mismo que había oído otras veces, cuando le juraba estar enamorada de él, exclusivamente de él.

Convers estaba perplejo. No acertaba a explicarse la actitud de Grace. Si había algo de lo que estaba casi absolutamente seguro, era de que Grace Bachmann, si se encontraba ligada a Flage y su organización, era por su libérrima voluntad.

La miraba a su lado, pálida, pero serena, dueña de sí, como siempre la había conocido. Y tan bella como nunca. La miraba con ojos de estúpido, mientras se palpaba maquinalmente los huesos, como si estuviera asegurándose de que Bobo no se los había triturado.

—No debí haberte abandonado nunca, Slim —decía ella—. No sabes lo arrepentida que estoy. Cuando te vi entre las garras de ese monstruo, comprendí que nunca había dejado de amarte. Jamás debí acceder a los deseos de Flage.

A Slim no acababa de convencerle el tardío arrepentimiento de su ex prometida. Y se lo dijo sin rodeos:

—Muy hábil, Grace. Pero un poco tarde. Has matado a un hombre —añadió, señalando el cuerpo de Bobo—, y no sé si lo has hecho solamente para salvarme la vida o con otro fin.

—¿Qué dices, Slim? ¿Qué otro interés podría tener para disparar contra Bobo?

—Muy sencillo —habló Slim, con dureza—: siempre fuiste una mujer calculadora, ambiciosa en extremo. Al verme aquí has pensado que Flage no podía haber triunfado en su propósito de eliminarme, cosa que tú debías saber que pretendía hacer, y entonces has supuesto que si eliminabas a Bobo también, tú quedarías como dueña absoluta de los negocios de aquel.

La acusación había sido hecha un poco al azar, pero Slim comprobó con pena que había dado en el blanco. La expresión abatida de la mujer había desaparecido, para ceder su lugar a una mirada dura, amenazadora.

—Tendrás que explicar muchas cosas, Grace, y no creo que puedas hacerlo satisfactoriamente. Tendrás que aclarar el motivo para que debajo del cuerpo de Ann Spratt se hallara la pulsera que te regalé cuando nuestro compromiso. Tendrás que explicar cuanto sepas sobre la muerte de Rock Ambler...

—¿Qué más, Slim? —preguntó.

Y Convers observó que le apuntaba al pecho con la pistola que le había servido para matar a Bobo.

—Muchas cosas, Grace, muchas cosas —respondió Slim, sin que, al parecer, hiciera mucho caso del arma que la mujer empuñaba—. Tendrás que decirnos, por ejemplo, por qué tenías tanto empeño en deshacerte de mí...

—¡Calla! —gritó Grace, histéricamente—. ¿Por qué, volviste a Stockton, por qué?

—¡Para convencerme de tu maldad! —respondió Slim, tranquilamente—. Mucho me importaba rehabilitar mi nombre; mucho también mi carrera destrozada; pero, por encima de todo, me interesaba aclarar tu conducta, convencerme de que no me habías querido nunca, de que solo había sido un juguete entre tus manos.

Se había sentado en un sillón y encendió un cigarrillo. Ella, en pie, a dos o tres pasos de él, no dejaba de apuntarle con la pistola.

—Empecé a ver claro allá, en presidio. Alguien, no recuerdo quién —continuó Slim—, llevó noticias de Stockton. Como podrás comprender, no era ninguna persona decente; era uno del hampa, uno más de los bajos fondos de Stockton. Había trabajado para Flage, y confiaba en este para pasar su condena lo mejor posible. Por él supe que Flage fue quien montó toda la escena para que yo pagara la muerte de Steve, y que tú te habías casado con él. No me lo dijo directamente a mí, pero lo contó a otros, y me enteré. Me costó mucho trabajo hacerme a la idea de que me habías

traicionado tan vilmente, y quise asegurarme de ello. Desgraciadamente, no tardé en convencerme. Me convenciste tú misma el otro día. Yo no te importaba nada, ni te importé jamás. Solo el dinero es tu dios.

—¿Qué piensas hacer, Slim?

La voz de la mujer carecía de inflexión. Probablemente le importaba un ardite la contestación de su antiguo amante.

—No tengo autoridad para detenerte, si es eso lo que quieres saber —dijo, amargamente Slim—; pero no te hagas muchas ilusiones, Grace. Con autoridad o sin ella, has de acompañarme. He de llevarte ante quien respondas de tus delitos. Y bien sabe Dios que nada me importa ahora mi amor burlado, ni mi carrera destrozada. Pero hay mucha sangre vertida. No me refiero a la de Gene Flage, ni a la de Steve y su hermano, sino a la de dos inocentes, a los que asesinaste o mandaste asesinar en aras de tu ambición.

—Eres tú quien no debes hacerte ilusiones, Slim. Es cierto cuanto dices. Yo mandé asesinar a Ambler y a Ann Spratt. Me estorbaban. Rock habíame amenazado con una campaña contra Flage, en la que figuraría mi nombre. La otra intentó hacerme sombra. Eran dos obstáculos en mi camino, y tuve que suprimirlos. Cómo te suprimiré a ti, Slim.

Su voz se había enronquecido hasta hacerse casi ininteligible. Slim la miraba a los ojos sin hacer un movimiento de defensa. Sabía que todo sería inútil. Y a pesar de cuanto había dicho, comprendía que no podría detener jamás a la mujer que tanto había amado.

—No me importa lo que puedas hacer, Grace. Estoy tan cansado, que no me importa nada, absolutamente nada. Puedes disparar cuanto quieras, pero de nada te servirá; no creas que con un crimen más vas a resolverlo todo. No harás con ello otra cosa que aumentar el mar de sangre en el que te ahogarás inevitablemente.

Le volvió la espalda, y se dirigió hacia la puerta con el paso lento y vacilante de un borracho. Sonó un disparo, y se extrañó de no haber notado en su cuerpo el impacto del balazo. Volvió la cabeza, y sus ojos contemplaron con asombro la sorprendente escena.

Grace Bachmann, con el rostro contraído por el dolor y la incomprensión, había dejado caer el arma que empuñaba y se llevaba la mano al pecho, intentando contener la sangre que de él brotaba. A unos pasos de ella, Bobo Stimpson, con la espalda levemente apoyada contra la pared y el resto del cuerpo tendido en el suelo, blandía en la mano la pistola todavía humeante.

Slim Convers dio un salto hacia delante intentando impedir que Grace cayera al suelo, pero un nuevo disparo le alcanzó en el aire, y rodó por tierra abrazado al cuerpo de la mujer, mientras besaba acongojado sus labios insensibles.

El rostro del inspector Tracy, jefe de la División del Federal Bureau of Investigation en San Francisco, denotaba más severidad que nunca. Paseaba como fiera enjaulada por la pequeña estancia del sanatorio donde Slim Convers convalecía de la herida que le infligiera Bobo Stimpson.

El ex agente tenía cerrados los ojos, como si le marease el continuo pasear del inspector.

—¡Es usted un orgulloso y un cabezota, Convers! —gritó el inspector, enfurecido—. Llevo cerca de media hora aquí intentando decirle algo, y usted, encerrado en sí mismo, no me da facilidades para hacerlo.

—No le comprendo, señor.

—Pues debiera comprenderme. Yo esperaba que al verme entrar en esta habitación me acosaría usted a preguntas, me expondría una cantidad enorme de quejas. Otro cualquiera habría dicho que había sido condenado injustamente, que se le expulsó del Cuerpo más injustamente todavía, y que no se le prestó apoyo alguno cuando intentó, y lo logró, reivindicar el honor de su nombre, poniendo en claro lo que ocurría en ese inmundo estercolero de Stockton.

—No me gusta repetir las cosas, señor. Todo eso lo dije a su debido tiempo. Pero no me creyó nadie, ni siquiera...

—Ni siquiera yo, dígalo de una vez. Y tiene usted razón, ¡demonio!; pero yo soy humano, y, por tanto, falible. ¿Le basta con eso? Pues por si fuera poco, debo decirle que la superioridad ha dispuesto su reingreso en el Cuerpo, y, para compensarle en cierto modo de los sufrimientos, ha sido ascendido.

Hizo una pausa, y volvió a hablar, mientras que Slim Convers le miraba sin gran entusiasmo:

—En medio de todo, hay que reconocer que ha tenido usted suerte. Si Bobo Stimpson llega a morir de resultas de los balazos que le metió en el cuerpo ese diablo de mujer, no sé cómo se habría podido explicar su presencia en aquella casa, con dos cadáveres a su lado. Pero, en fin, el hombre ha comprendido la inutilidad de su silencio. Y ha hablado clarito.

Slim Convers le respondió encogiendo los hombros, con un gesto de indiferencia.

—¡No sea usted imbécil, Convers! —chilló Tracy, indignado—. ¡No me vaya a decir que todo le da lo mismo! ¡Ni que sigue enamorado de aquella mujer!

Y dirigiendo una mirada a Fanny Ellison, que, sentada a la cabecera de

la cama de Slim oía en silencio la conversación, añadió:

—Además, que... ¡un clavo saca otro clavo!

E interceptando la mirada que cambiaron los dos jóvenes, se apresuró a salir de la habitación, dando un portazo y pensando que él sí que había dado en el clavo.

FIN

COLECCION NOVELISTAS DE HOY

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pio Baroja.
2. AHORA, por Rafael Lopez de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURRIO, por F. de Cossio.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomas Borrás.
5. EL FINO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por C. J. Celsa.
7. BODA Y JALEO DE TIEN ARACHENA, por Lario Fernandez-Arca.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Paizamar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insua.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por Marie Aburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CANTA, por L. A. de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lazaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por J. A. de Zúñunegui.
14. EL DIA SIGUIENTE, por Rafael Lopez de Haro.
15. PUENTE DE PLATA, por A. M. Olmedilla.
16. AÑOCHA EN MONTECARLO, por Julio Angulo.
17. TIENRA POR MEDIO, por F. Serrano Angulo.
18. LA VIDA SIGUE, por José Alvarez Esteban.
19. LA BELLA Y LA MANDRAGONA, por A. Retana.
20. HUMO SIN FUEGO, por José Sosa y Lima.
21. DIA NEGRO, por Elisabeta Muider.
22. MUERTE EN SHANGHAI, por Juan María.
23. PRIMAVERA DE PAPEL, por J. M. S. Silva.
24. RESURGIR, por Carmen Nouel.
25. LA TARDE FILTRADA, por Eduardo Augas.
26. RAMA DE CIRUELO, por Tomas Borrás.
27. SUELO MOJADO, por Alfonso Paso.
28. CORAZONES DE TEATRO, por Alvaro Retana.
29. LA BELLA SIRENA, por Ramon Bors.
30. ¿POR QUE MANDAN IGLESIA?, por J. de Córdova.
31. CIUDAD DE TARDE, por Ignacio Aldecoa.
32. ESA CHICA QUE VA AL CINE, por R. L. de Haro.
33. LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS, por Augusto M. Olmedilla.

NOTA.—Fuede remitirsele a su domicilio, CONTRA REEMBOLSO, la colección completa de NOVELISTAS DE HOY, o los títulos que le interesen, a CINCO pesetas ejemplar. Escribanos a EDITORIAL ROLLAN, San Bernardo, 68.—MADRID.

CORTESE POR AQUÍ Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
MADRID

Muy Sr. mto:

Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE
HOY, a partir del n.º _____ y al precio de CINCO PESETAS por ejemplar, que
devuere CONTRA REMBOLSO.

_____ de _____ de 1955.
(Firma)

Ascriptor D. _____
Domicilio: _____ n.º ____
Ciudad _____ Prov. _____

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,25 pts.

JEQUE BLANCO

Unica serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !